

El presente texto del sociologo anarquista uruguayo Daniel Barret es un fiel testimonio de como las practicas e ideas anarquistas han recobrado vigencia en los últimos años a lo largo y ancho del planeta.

Tanto en nuestro pais, en la region como en el resto del mundo occidental, el brillo del fuego anarquista vuelve a ser una luz que ilumina los oscuros caminos de la liberación humana. Asi como décadas atras el anarquismo se visualizaba como una alternativa real y posible al sistema capitalista, actualmente tras del derrumbe del denominado “socialismo real” las ideas y practicas anarquistas comienzan a redescubrirse. Volviéndole a dar la carga libertaria a las luchas emancipatorias que resurgen como hongos tanto en el continente como en el planeta.

El autor nos plantea un analisis de calidad realizando un breve recorrido por distintos momentos y lugares de las diversas luchas anticapitalistas y anti-autoritarias de las cuales, por suerte, nuestro mundo esta llena.

La edicion de este folleto pretende seguir difundiendo el ideal anarquista, el cual difundimos con ardua pasion. Reproduciendo en esta ocasion palabras que vienen desde nuestras mismas tierras, brindandonos una vision mas cercana de la situacion.

**la turba  
ediciones**



[La-turba@hotmail.com](mailto:La-turba@hotmail.com)

<http://laturbaediciones/entodaspares.blog>

# LOS SEDICIOSOS DESPERTARES DE LA ANARQUIA



**DANIEL BARRET**



en momento alguno a analogías o metáforas físico-químicas de especie alguna. Nótese que el cuadro resultante es bien diferente al del clásico análisis de clases, donde el resultado clasificatorio sí establece categorías recíprocamente excluyentes y sí es o parece ser exhaustivo. Por lo tanto, habrá que considerar como bien diferente también la dinámica socio-política que este cuadro habilita. Sin embargo -para tranquilidad de los “tradicionalistas” más cerriles y frustración de los “post-modernistas” puros- hay que decir aquí que nada de ello disuelve definitivamente la lucha de clases sino que la inscribe en un cuadro distinto; un cuadro en el que, por lo menos, habrá de ser cuestionada su función organizadora intrínseca y definitiva.

<sup>57</sup> Nótese que la base constitutiva de este tipo de movimientos se corresponde con lo que alguien podría reconocer como categorías estadísticas más o menos fijas; lo cual, aparentemente, permitiría conferirles una mayor permanencia. Sin embargo, tal cosa no quiere decir que haya una inmediata relación de correspondencia entre la categoría como tal y el movimiento que la expresa, sino que ello se da en el marco de ciertas líneas de fuerza históricas que lo hacen posible precisamente a través del reconocimiento identitario.

<sup>58</sup> Esta es una de las principales características que Deleuze y Guattari atribuyen a los rizomas. Cabe decir que, en gran medida, este tramo de la exposición está influido por la elaboración de dichos autores sobre el tema. Vid. de Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*; Editorial Pre-textos, Valencia, 1988. Cf. también de Umberto Eco, “El antiporfirio”, recogido en la compilación de Gianni Vattimo y Pier Aldo Rovatti, *El pensamiento débil*; Ediciones Cátedra, Madrid, 1995.

<sup>59</sup> Nos hemos concentrado aquí en las federaciones específicas de cuño clásico, malatestiano o, como también se las ha denominado, “de síntesis”. Si pasamos por alto la consideración de las federaciones de estilo “plataformista” es precisamente porque las dificultades de asimilación del modelo reticular son todavía mayores en este caso, donde la exigencia de “unidad táctica” actúa como límite casi natural a su adopción cabal. De todos modos, vale la pena insistir, por última vez, que nada de esto supone extender una partida de defunción a los modelos anarco-sindicalista y especificista -este último, en cualquiera de sus dos grandes variantes-, sino que los considera y subsume como territorios nodales y de mayor espesura en el contexto de las redes.

<sup>60</sup> Nos referimos en este caso a la convocatoria realizada bajo el título de “*Appel pour un mouvement libertaire-Le chemin se trace en marchant!*”, inicialmente suscrito por Roger Noël y Jean Marc Raynaud, que rápidamente recogiera centenares de adhesiones y diera lugar a la realización de un primer encuentro de intercambios en octubre de 2001 en la localidad francesa de Niort.

# LOS SEDICIOSOS DESPERTARES DE LA ANARQUÍA

-¿Nos hubiéramos figurado nosotros que se podría ir de Europa a América por los aires? -dijo la marquesa.

-Hacemos más que figurarnos la cosa como posible -repliqué-; se comienza ya a volar un poco...En verdad, no ha sido un vuelo de águila...,pero, en fin, eso equivale a las primeras tablas que se lanzaron al agua, y que fueron el comienzo de la navegación.. Poco a poco aparecieron los grandes navíos...que pueden dar la vuelta al mundo. El arte de volar acaba de nacer; se perfeccionará y algún día se llegará a la Luna.

Bernard Le Bovier de Fontenelle

(*Conversación sobre la pluralidad de los mundos habitados*, 1686)

Nosotros somos quien somos  
¡Basta de Historia y de  
cuentos!  
¡Allá los muertos! Que  
entierren  
como dios manda a sus  
muertos.  
Ni vivimos del pasado  
Ni damos cuerda al recuerdo  
Somos, turbia y fresca, un  
agua  
que atropella sus comienzos.

Gabriel Celaya

A la imitación del Fénix  
unas de las otras nacen,  
viviendo de lo que mueren,  
y siempre de sus cenizas  
está el sepulcro caliente  
Pedro Calderón de la Barca

## El despertador de la utopía: un vasto cuadro de época

Es una tarde de abril, lluviosa, fría e irremediabilmente gris; una de esas tardes que parecen destinadas a acunar melancolías, especialmente propicias para dejarse ganar por esos movimientos veleidosamente completos, cerrados y redondos en los que parecen sucederse -sin diferencias ni matices entre un ciclo y el siguiente- la vida, la muerte y la resurrección. A través de los vidrios empañados puede divisarse el mar y las repeticiones rítmicas del oleaje nos sugieren nuevamente que tal vez no se trate más que de variaciones que quieren dirigirse hacia otro lugar pero que sólo pueden reproducirse

considerarlos como modelos históricamente incompletos e insuficientes.

<sup>49</sup> Anticipándonos a las “críticas” de algún humorista de poca monta, cabe decir que esto es así no porque la revolución fuera francesa sino porque fue revolución. En los hechos, según Castoriadis, esa fue la primera vez que se utilizó, por parte de La Rochefoucauld-Liancourt, el término “revolución”, en su acepción moderna; vid, *Figuras de lo pensable*, op. cit., pág. 129. No hubo “revoluciones” antes de la francesa de 1789 y, en el contexto de nuestra discusión sobre la historicidad, bien cabría polemizar si las que le sucedieron en el tiempo lo fueron en el mismo sentido y si lo serán las que conjeturamos para nuestro propio futuro.

<sup>50</sup> Esta afirmación, por supuesto, no pretende para sí ningún tipo de originalidad. Antes bien, los cambios de significación histórica de elementos formal y sustancialmente parecidos han sido ampliamente reconocidos en numerosos campos. Cf., “por ejemplo, con la siguiente frase de Maurice Debesse: Se deforma la para realidad histórica al anexionar las ideas y las prácticas pedagógicas antiguas, monopolizándolas para explicar, y sobre todo justificar, unas ideas y unas prácticas nuevas; por ejemplo al hacer de la escuela alegre de Victorino de Feltre, esta viva imagen del *Quattrocento* italiano, el antepasado de nuestro movimiento de educación nueva, o de la celebrada *Institution des Enfants* de Montaigne, la guía venerada de la pedagogía francesa contemporánea. Equivale a condenarse a no comprender verdaderamente el Renacimiento ni nuestro tiempo”; en M. Debesse y G. Mialaret, *Historia de la pedagogía. Tomo I*, pág. 12; Oikos-Tau, Barcelona, 1973.

<sup>51</sup> Del mismo modo, cuando algunos sectores del fundamentalismo islámico proclaman la reconquista de Al-Andalus, con absoluta prescindencia de los procesos reales que involucran a la población andaluza, no están haciendo más que recortar un campo de historicidad limitada que sólo puede tener significación real para uno de los actores pero no para todas las partes en disputa.

<sup>52</sup> Abandonamos aquí las consideraciones genéricas sobre el problema de la historicidad; advirtiendo, naturalmente, que un abordaje de mayor profundidad es algo imprescindible pero que desborda ahora los límites y los objetivos de este trabajo. Por lo tanto, nos hemos limitado aquí a una mera presentación del asunto que pueda articular con nuestros fines expositivos, pero sin haber mencionado siquiera la relevante cantidad de problemas que se desprenden de estas nociones motrices.

<sup>53</sup> La adhesión de Bakunin a la francmasonería se produce en Florencia entre 1863 y 1864 y a partir, aparentemente, de sus vinculaciones con Giuseppe Dolfi; a quien había sido recomendado por Garibaldi. Es particularmente significativo que tal cosa coincidiera plenamente con el primer intento de Bakunin por animar la primera de sus tantas sociedades secretas; la Fraternidad. Vid. de Arthur Lehning, *Conversaciones con Bakunin*, pág. 237 y ss.; Editorial Anagrama, Barcelona, 2000.

<sup>54</sup> ¿Será preciso aclarar una vez más que no hay aquí nada que se parezca a un desprecio y mucho menos a una crítica moralizante hacia el pasado sino un persistente intento por constituir en torno al mismo no tradiciones positivas o negativas inviolables sino lecciones a capitalizar?

<sup>55</sup> No deja de ser altamente sugestivo que los estadísticos profesionales llamen “celda” a esos perentorios cruces de caminos entre las columnas y las filas de un cuadro y los transformen en una estrategia privilegiada de conocimiento.

<sup>56</sup> Repárese que esta clasificación es notoriamente heterodoxa y no se conduce según los preceptos lógicos habituales: es decir; las categorías resultantes no pretenden ser recíprocamente excluyentes ni la unión de las mismas cubre exhaustivamente el campo aquí considerado, salvo quizás a partir de su numerabilidad finita. Como anotación al margen -que bajo ningún concepto podremos desarrollar en esta oportunidad-, cabe decir que esta característica es una de las puertas de entrada de las concepciones “caóticas” en el análisis socio-político; sin que esto pretenda aludir

39, Montevideo, enero de 1989.

<sup>43</sup> Puede encontrarse en Max Nettlau, un intento de rastreo genealógico de la concepción anarco-sindicalista -sin hacer referencia al término pero sí a la idea- a partir del informe de César de Paepe presentado en el Congreso de la Asociación Internacional de Trabajadores celebrado en Basilea en 1869. Para Nettlau, la concepción anarco-sindicalista va volviéndose exclusiva sólo con el correr del tiempo mientras que, en los tramos iniciales de la peripecia anarquista, coexiste sin mayores sobresaltos con diferentes opciones. Vid., Max Nettlau, *La anarquía a través de los tiempos*, págs. 102 y sgs., Ediciones Júcar, Madrid, 1978. Sobre la puesta en cuestión del sindicalismo librada por Errico Malatesta y Emma Goldmann en el Congreso Anarquista celebrado en Amsterdam del 24 al 31 de agosto de 1907, vid. James Joll, *Los anarquistas*, pág. 190 y sgs.; Ediciones Grijalbo, Barcelona, 1968.

<sup>44</sup> No obstante, cabe aclarar que la fundación de la FAI no contó con la anuencia universal de la militancia anarco-sindicalista, sino que, antes bien, la misma fue sistemáticamente objetada -con mayor o menor virulencia según los casos y los momentos, con mayor o menor pertinencia según el hilo argumental de que se tratara, con justificación o sin ella- como un intento, por parte de una minoría, de controlar y de conducir a la enorme multitud de afiliados a la CNT.

<sup>45</sup> Nótese que aquí estamos estableciendo una distinción entre paradigma y modelo de organización y acción que convendrá tener presente en lo sucesivo. Si bien, en líneas generales, puede considerarse que todo paradigma es un modelo, nosotros hemos reservado el uso del término "paradigma" para la categoría incluyente y de la expresión "modelo de organización y acción" para la categoría incluida. Así -como es el caso que aquí planteamos-, los elementos generatrices del paradigma se mantienen en pie, pero algunos de sus "enigmas" pasan a resolverse de una manera distinta. Obviamente, esto se corresponde con una situación de "crisis" del paradigma, a la que inmediatamente nos referiremos como "anarquismo de transición".

<sup>46</sup> Como es obvio, no pretendemos que esta afirmación se ajuste cabalmente a todas las realidades nacionales concebibles ni que refleje las intenciones expresas de las organizaciones concretas. Lo que aquí se intenta dar a entender es que, en una escala global, el período transcurre como marco de un retroceso libertario a nivel mundial. Ése es el clima general y ésta es la significación que las organizaciones específicas pretenden conjurar.

<sup>47</sup> Las polémicas a diestra y siniestra libradas por Malatesta son una demostración más que elocuente sobre el punto en cuanto tiene que ver con las características de la organización específica. En tal sentido, particularmente interesante es la que mantiene con dos de los más connotados redactores de la *Plataforma Organizacional*: Néstor Makhno y Piotr Arshinov. En lo que hace a la funcionalidad de las organizaciones específicas en períodos dados -pero sobre todo en períodos revolucionarios- cabe registrar una nebulosa permanente y nunca bien resuelta. Esto es así por cuanto la asimilación del anarco-sindicalismo entre clase, sindicato y sujeto revolucionario no puede encontrar equivalentes ideológicamente consistentes en los términos del modelo "especificista". Las elaboraciones "plataformistas" más recientes creen resolver el vacío invocando una transición revolucionaria necesaria a la que se tiende a distinguir como "poder popular"; pero, incluso así, es ostensible que no hay claridad alguna en lo que se refiere a cuáles serían las organizaciones protagónicas, cuáles sus atribuciones o sus límites y cuáles las características de las mismas.

<sup>48</sup> Nos referimos aquí al "especificismo" en cualquiera de sus dos variantes; tanto la clásica -de raíz más definidamente malatestiana- como la que gira aproximadamente en el entorno "plataformista". Esto no quiere decir, naturalmente, que una y otra no puedan dar cabida a nuevos centros de interés o a nuevas prácticas; lo cual no sería más que un mayúsculo error histórico y de análisis. En todo caso, vale aquí para el "especificismo" y sus organizaciones lo mismo que ya se insinuó para el anarco-sindicalismo y las suyas: no se trata ni de pronosticar ni de pregonar su desaparición sino de

iguales a sí mismas, interminablemente. Nos preguntamos acerca de los mitos y los símbolos, quizás buscando respuestas y esperanzas: el ave Fénix es, entonces, como no podía ser de otra manera, la primera imagen en acudir. Saber arquetípico y transcultural, el mito del ave Fénix recorre, con otros nombres y formas variables, distintos tiempos y distintas geografías. Entre analogías y nostalgias, nos dejamos ganar unos instantes por sus eternos retornos. El Fénix, sí, la personificación zoológica de la inmortalidad a través de sus periódicos y rítmicos renacimientos, que tanto niegan como vuelven a conducir a sus propios despojos vitales. Ese Fénix, cuyo nombre griego evoca el rojo del fuego y las llamas purificadoras fue antes el *benu* egipcio, esa garza cenicienta posada sobre la colina primigenia como representación viviente de las majestuosidades solares. Para nuestra desesperación, quienes veneraron al *benu* en la antigua Heliópolis creían que sus reapariciones se producían sólo cada 500 años. Pero, poco importa, si ahora recordamos que el mito iría haciéndose más imaginativo y frondoso con el correr del tiempo y que poco después nos habremos de encontrar con nuestro ave Fénix egipcia alimentándose de un solitario rocío y recolectando hierbas aromáticas en lugares remotos, para luego encender con ellas una hoguera sobre el altar de Heliópolis y morir abrasada y reducida a cenizas por su propio fuego; emergiendo rediviva, inmediatamente luego, como imprevisto retoño de sus flamígeros designios. En los mitos judíos, el Fénix se llamará *Milcham*, en los chinos tal vez se corresponda con *Feng-huang* y no sería extraño que, en las leyendas mayas, estuviera emparentado con el *quetzal*. Mientras, la tarde avanza, la lluvia no cesa y es *Milcham*, sin duda, el que más llama nuestra atención; aunque íntimamente repudiemos su obsecuencia. Dicen los mitos que cuando Eva se declaró culpable de haber expropiado y gozado el fruto prohibido, recelosa del resto de la fauna edénica, sedujo a los demás animales para que también participaran del festín. Sólo *Milcham*, obediente como ninguno a las interdicciones del "Señor", se plegó sumisamente a sus ayunos y abstinencias y se hizo acreedor a la inmortalidad. Se dice que *Milcham* habría de encogerse y desplumarse al llegar a la edad de mil años, para adoptar nuevamente así el aspecto de un polluelo; momento en el cual recuperaría el plumaje, remontaría vuelo como un águila y disfrutaría la exoneración divina de no ser jamás asaltado por la muerte. El cielo ennegrece cada vez más y repasamos los mensajes de la Iglesia cristiana arcaica -antes incluso de ser nominada como católica-, que tranquilizan y aplacan tenuemente nuestra impaciencia: el Fénix simboliza ahora la inmortalidad del alma y, a imagen y semejanza del mismísimo Jesús, su resurrección acontece sólo tres días después de haber comenzado su reposo sepulcral. Más tarde, serán los alquimistas los que tomarán para sí la responsabilidad de darle al mito una pátina ingrátida de materialismo: ahora el Fénix, más modestamente, se encargará de simbolizar los ciclos de destrucción y nueva formación en el camino hacia la piedra filosofal. Así y todo, seguimos inquietos, agitados, estremecidos y no sabemos todavía si seremos cubiertos o no por un manto nocturnal: vida, muerte y resurrección; mitos y símbolos; leyendas que atraviesan los siglos y que nos traen en este momento a la memoria, como emblema acuñado apenas ayer, aquel grafiti premonitorio escrito cuando el "mayo francés" pasaba a ser también un tema del pasado: "Marcharemos de derrota en derrota hasta la victoria final".

Ahora sí, abrimos los ojos finalmente y nos sentimos en un territorio familiar; confirmamos, como un viejo principio anterior a esta tarde, la decisión de hacer prontamente las mitografías a un lado; pero, aun así, no podemos dejar de preguntarnos, ¿cuántas veces hemos oído ya, en medio de la prisa burocrática por extender certificados de defunción, cobrar las herencias que correspondan y adoptar a los huérfanos respectivos, que el anarquismo ha muerto definitivamente: que sus hombres, sus travesías y sus propuestas son sólo una curiosidad para historiadores;



que sus resortes ideológicos básicos no representan otra cosa que una evocación nostálgica de un mítico igualitarismo agrario; que sus alzamientos individuales o colectivos no expresan más que una rebeldía infantil, primitiva y pre-política; que su destino inexorable no puede resultar en algo distinto que una sala extravagante y más o menos entrañable en el museo de las reliquias revolucionarias; que sus nociones fundamentales son invenciones intelectuales delirantes, carentes de profundidad, despojadas de articulaciones teóricas relevantes, huérfanas de todo desarrollo posible y ampliamente superadas por el recorrido y la experiencia de las sociedades humanas? Se decretó que el anarquismo ya no tenía razón de ser luego de la revolución de octubre de 1917 y ocurre que hoy en Rusia son las estatuas de Lenin y no las de Bakunin o Kropotkin las que primero se derriban y luego se arrumban sigilosamente en los desvanes. Se dijo, luego del triunfo franquista en España, que el anarquismo había entonado allí su última letanía, y sesenta y tantos años después nos encontramos en ese país con prolijas reelaboraciones de la gesta revolucionaria de 1936, con organizaciones anarco-sindicalistas que reúnen a decenas de miles de adherentes, con una exultante proliferación de ateneos libertarios y con una rica floración de radios libres, casas ocupadas y publicaciones de todo tipo y color que vuelven a abreviar en esa “vieja” pero inagotable fuente. Se promulgó, también, que los avances tecnológicos, el progreso material de la humanidad y la extensión irrefrenable del ideario democrático dejaban al anarquismo fuera de época y que sólo se podía condescender a considerarlo como una reminiscencia atávica del pasado: y, sin embargo, se acaba descubriendo que sus militantes pueden hacer un uso alternativo y contestatario de las nuevas técnicas, que la amplia disposición de bienes de consumo es una pompa de jabón que oculta tanto injusticias insoportables como las miserias de la vida cotidiana y que la democracia “representativa” tal vez no sea más que un ingenioso mecanismo de exclusión para impedir el acceso permanente de las enormes mayorías populares a los procesos de decisión colectiva. **Se peroró y se perora, se fantaseó y se fantasea, se cotorreó y se cotorrea abundantemente sobre el punto y, pese a todo, el anarquismo, vocacionalmente impertinente e incorregiblemente burlón, vuelve a sorprender, una y otra vez, al heterogéneo, desafinado y reaccionario coro de sus sepultureros con los intermitentes arrebatos que lo colocan en la agenda de las posibilidades rebeldes y en el arco de las alternativas reales de libertad intransigente, de realización personal y comunitaria y de justicia social.** Una y otra vez, entonces, sediciosos y desfachatados despertares de la anarquía que ahora habrá que interrogar, explorar y desentrañar.

Estos resurgimientos y rejuvenecimientos, diferentes en su intensidad y en su forma, variables según el lugar y situados temporalmente a distancias irregulares entre sí, seguramente expresaron y expresan razones, particulares y específicas, propias de las circunstancias especiales en que efectivamente se dieron; **pero también hacen posible trazar un vasto cuadro de época y una cierta corriente “subterránea” y ampliamente extendida de motivos que los explican y que constituyen sus condiciones de posibilidad.**<sup>1</sup> El primer toque de atención moderno respecto a las virtualidades de una rebelión juvenil de signo libertario fue, sin duda, el llamado “mayo francés” de 1968; el que, como resumen de insurgencias varias habidas antes y después de esa fecha clave, y elevado allí a la categoría de símbolo común, opera como referencia de lo que, en esa misma circunstancia histórica, comenzó a denominarse, con lúcida anticipación, “crisis civilizatoria”. Se trataba ya en aquel entonces - y, seguramente con mayor razón, se trata todavía hoy- de una crisis de los fundamentos de las sociedades

el uso que le damos al concepto de paradigma es aproximadamente similar al que le diera Thomas Kuhn en sus dos libros clásicos sobre el tema -*La estructura de las revoluciones científicas*; Fondo de Cultura Económica, México, 1980 y *Segundos pensamientos sobre paradigmas*; Editorial Tecnos, Madrid, 1978-, en tanto modelo interpretativo de la realidad asumido explícita o implícitamente por una cierta comunidad de iguales que lo toma como referencia segura y eficaz y como marco de sus elaboraciones e indagaciones ulteriores. En cuanto al anarco-sindicalismo, cabe sostener que, si bien para nosotros constituye un paradigma superado -entre otras razones, por la propia pérdida de centralidad del trabajo-, ello no está asociado, de nuestra parte, a una visión despreciativa y prescindente sobre el mismo. Antes bien, estamos persuadidos que hay que seguir siendo anarco-sindicalistas o tender a ello en aquellos muy menguados lugares en que todavía es posible serlo o hacerlo; lo cual, no obstante, no debe confundirse con la recomendación de tomar **paradigmáticamente** al anarco-sindicalismo: es decir, **en tanto modelo** configurador del campo respectivo, taxativo, inapelable, sin alternativas y en cualquier circunstancia concebible.

<sup>38</sup> El anarco-indianismo probablemente sea una sorpresa y una novedad que contradice algunas de las ortodoxas expectativas previas. Sobre el tema, conviene recurrir a las fuentes mismas de fundamentación: vid. el artículo “El anarco indianismo: en busca del socialismo mágico”; ensayo presentado al VII Congreso de Antropología realizado en la Universidad de los Andes, en 1992 y en la ciudad de Bogotá (Colombia). El mismo se encuentra recogido en la compilación de Luis Alfonso Fajardo Sánchez, *Una historia del anarquismo en Colombia. Crónicas de utopía (Apuntes, momentos y páginas selectas para una historia del Movimiento Libertario Americano)* del Colectivo Alas de Xue; co-edición de la Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, Nossa y Jara Editores y Ediciones Colectivo Alas de Xue, Madrid, 2000. Sin duda, cabe aclarar que la propuesta no se limita a la realidad colombiana sino que extiende sus alcances al menos a buena parte de los países latinoamericanos.

<sup>39</sup> Bajo esta denominación ubicamos propuestas como la recogida en el libro de Sam Mbah e I. E. Igariwey; *África rebelde. Comunalismo y anarquismo en Nigeria*; Alikormio Ediciones, Barcelona, 2000. Para los autores es necesario y posible un espacio de convergencia ideológica entre el anarquismo y el sistema africano de aldeas tradicionales basadas en el apoyo mutuo y la ausencia de autoridad. Sin que nos pronunciemos sobre los contenidos sustantivos del asunto, hay que decir que esta elaboración nos parece un magnífico ejemplo de cómo apropiarse de los materiales históricos y sociales concretos y reorientarlos hacia una elaboración y una práctica de signo libertario.

<sup>40</sup> Se conoce como anarco-primitivista a la concepción defendida por John Zerzan, cuyo texto de referencia es *Futuro primitivo*. Una traducción al castellano de dicho texto puede encontrarse en el sitio [www.cgt.es/biblioteca](http://www.cgt.es/biblioteca).

<sup>41</sup> “Difíciles de explicar”, por lo pronto, desde una óptica que pretende construirse a través del desciframiento de un cierto código común de base -antepuesto y formado por consideraciones que carecen de fuerza escisionista- y que, a raíz de ello, puede permitirse el lujo de manifestar sus deseos unitarios. “Difíciles de explicar”, por ejemplo, serían las fracturas de la CNT y la CGT en España, de las tres CNT francesas o de las dos USI italianas, sin olvidar el caso de la SAC sueca que hace rato largo ha quedado al margen de la AIT; organizaciones todas ellas que se reclaman herederas de las tradiciones del viejo anarco-sindicalismo. Además, si hacemos mención a estas escisiones, es porque las mismas podrían resultar relativamente comprensibles en sus respectivos contextos orgánicos y como parte de las correspondientes historias compartidas, pero la situación se vuelve considerablemente más compleja cuando se trata de explicar las escisiones existentes, nacionales o internacionales, a nivel de, y entre, las restantes corrientes mencionadas.

<sup>42</sup> Como ya se ha anticipado, estamos siguiendo aproximadamente, y con las adaptaciones del caso, las elaboraciones y términos usado por Thomas Kuhn en su formulación clásica -por ej.: “normalización”, “enigmas”, “comunidad”, “anomalías” y “crisis”. Sin embargo, vale aclarar que dicha formulación está pensada para el contexto propio a la historia de la ciencia y que su traslado a las “comunidades” ideológico-políticas no siempre es del todo afortunado. Para un intento en ese sentido, en que el traslado a este terreno se considera incluso más apropiado, cf. de Rafael Spósito; “La reconversión política de la izquierda uruguay: una crisis de paradigmas” en Cuadernos de Marcha N°.

<sup>30</sup> La intención sólo consiste en presentar muy someramente las movilizaciones más resonantes del llamado movimiento anti-globalizador celebradas en paralelo con las reuniones de los organismos "globalizadores" más significativos. Obviamente, este breve listado no pretende ser exhaustivo ni es posible dar cuenta -en el marco de los objetivos definidos para este trabajo- de las decenas de movilizaciones del mismo signo acontecidas durante el bienio 2000-2001.

<sup>31</sup> Es imposible reseñar exhaustivamente el fenómeno: de todos modos, aunque sea sólo a modo de ejemplo y como demostración de que no estamos inventando nada ni dejándonos llevar por un entusiasmo desmedido, cabe mencionar aquí distintos procesos fundacionales que tienen lugar en los últimos años y en puntos extraordinariamente alejados entre sí. La Red de Enlaces Anarquistas de Bolivia se forma en marzo de 2001; el Congreso de Unificación Anarco Comunista de Chile lo hace en noviembre de 1999; la Federación Cabocla, en la localidad de Pará en Brasil, se origina en enero de 2001; distintos grupos se conforman y convergen en Turquía, también durante el año 2001; e, incluso en una España de hondas tradiciones libertarias y organizaciones largamente asentadas, habrá que mencionar la constitución de una Red de Afinidad Anarquista en mayo de 2000 y de la Red Libertaria Apoyo Mutuo apenas un año y un mes después. En un orden distinto de cosas, quizás correspondería mencionar aquí también ese fenómeno nuevo, inasible pero ubicuo, que ha demostrado ser el llamado Black Block, particularmente notorio en las grandes concentraciones del movimiento anti-globalizador. Es altamente significativo, además, que nada de esto responda a una decisión concertada y conspirativa, adoptada por algún misterioso organismo centralizador de ubicación desconocida, sino a una contagiosa onda expansiva que encuentra su elemento detonador en las profundas incitaciones de época.

<sup>32</sup> Para aquilatar estas cifras debe tenerse en cuenta que la lista incluye sólo a aquellas publicaciones que editaron por lo menos 5 números en el periodo 1998-2002 y que registran alguna aparición reciente. Además, es obvio, que existen imposibilidades materiales muy reales para incluir el aluvión de fanzines ocasionales, por lo cual el registro de éstos ha quedado fuera de la lista. Por lo tanto, aun reconociendo enjundiosamente el excelente trabajo de relevamiento realizado por los compañeros venezolanos, es preciso aceptar que el mismo debe reflejar muy por debajo la presencia anarquista en los medios gráficos. La difusión más reciente de la lista de publicaciones puede encontrarse en la dirección web [www.ainfos.ca/ca/](http://www.ainfos.ca/ca/), más particularmente en las informaciones recogidas el 1º de abril de 2002.

<sup>33</sup> La lista completa y actualizada puede solicitarse en la dirección electrónica habilitada a tales efectos: [mendezn@camelot.rect.ucv.ve](mailto:mendezn@camelot.rect.ucv.ve). (Nota complementaria de enero 2003: en diciembre de 2002 ascendían ya a 241; un crecimiento anual de algo menos del 40%)

<sup>34</sup> Un ejemplo de lo que decimos puede estar constituido por los encuentros sindicalistas revolucionarios que van más allá de los miembros regulares y reconocidos de la Asociación Internacional de Trabajadores. Con estas características, se libró una Conferencia Internacional de Solidaridad en junio de 1999 en San Francisco y está programada la realización de su continuación en agosto-setiembre de 2002 en la alemana localidad de Essen.

<sup>35</sup> Nos referimos aquí a la reunión en que fue creada Solidaridad Internacional Libertaria (SIL), que pretende constituirse en una red mundial amplia y abierta, entre organizaciones anárquicas pertenecientes a diferentes corrientes y con distintos campos de actuación. En la SIL conviven, por ejemplo, federaciones de raíz anarco-sindicalista y organizaciones "plataformistas".

<sup>36</sup> Vid. Endika Zulueta; "Europol perseguirá anarquistas", Revista electrónica Rebelión (<http://www.eurosur.org/rebelion/>) del 24 de febrero de 2001.

<sup>37</sup> Esta afirmación reclama una gran cantidad de explicaciones que no será posible dar en este momento. Limitémonos, por lo tanto, solamente a aquellas dos que entendemos como absolutamente esenciales. Digamos, en tal sentido, que

"avanzadas", que pasaron a ser concebidas como una nave sin rumbo y lanzada a alta velocidad a la conquista del vacío, con su penosa carga de objetos destinados a la ostentación o el despilfarro, mientras se intentaba vanamente ocultar su marcha predatoria sobre los recursos y la calidad de vida del planeta o sus criminales desfiles belicistas o las miserables condiciones de existencia de miles de millones de menesterosos en aquellos países que se mantenían y siguieron manteniéndose al margen de sus mezquinas prosperidades. Esas mismas sociedades "avanzadas" se percibieron -de golpe y porrazo a la luz pública pero siempre luego de un demorado proceso de concientización en sus calladas o vociferantes sombras críticas- como espectáculo y como simulacro de una autenticidad vital y de unas pasiones existenciales que ya no tenían cabida, como no la tuvieron nunca, en las circunscripciones y en los derroteros del poder institucionalizado en cualesquiera de sus formas. Y fue y es crisis civilizatoria desde entonces porque la indignación contestataria no se limitó a arremeter contra esos tótems sagrados que son el Estado y el capital sino que transformó también en objetos de su iconoclastia y de su ira a todas las instituciones autoritarias, vetustas y resacas, que se le pusieron por delante.

Así las cosas, el "mayo francés" celebró ese momento extático -pero no estático y, mucho menos, étático- en que París, una de las más importantes capitales europeas, vio flamear nuevamente las banderas rojas y negras de la anarquía; y no sólo en calles y plazas abiertas al viejo misterio sino también en la profanación irreverente de edificios y monumentos tan "venerables" como podían serlo la Sorbonne, el Arco de Triunfo o el Odeón. El anarquismo volvía a proponerse entonces como una alternativa sobre la que, al menos, valía la pena reflexionar. En primer lugar, y fundamentalmente, por cuanto ofrecía respuestas radicales e históricamente ajustadas a la crisis civilizatoria de las sociedades "avanzadas" pero también porque volvía a encarnar el porvenir de la utopía, poniendo en movimiento, rabiosa y sorpresivamente actualizado, esa corriente que desde la 1ª. Internacional identificó y ubicó claramente a los proyectos de construcción socialista entre la descarada e insólita autonomía de las organizaciones populares de base, entre lo que a fines de los años 60 había pasado a reconocerse ya como autogestión<sup>2</sup> y, sobre todo, entre el apetito, la voracidad y la gula de realización libertaria que, para los anarquistas, era imposible y profundamente erróneo distinguir del socialismo como tal. En otras palabras: el anarquismo recuperaba actualidad porque ubicaba sus respuestas más allá de cualquier compromiso, de cualquier involucramiento, de cualquier contubernio, con las grandes concentraciones de poder mundial y, además, en tanto contestación radical de todos los modelos de organización social realmente existentes -al Oeste y al Este, al Norte y al Sur del planeta- y de todas las formas de dominación conocidas y por conocer.

Digámoslo todavía de otra manera: lo que el "mayo francés" volvió a reubicar en el orden del día fue el rostro históricamente reprimido y oculto de la utopía que muchos habían creído ver sepultada en España en 1936; una alternativa a la "crisis civilizatoria" desde modos de pensar, de sentir y de actuar fundados en el deseo de una libertad intransigente que se realiza y resuelve en un proyecto revolucionario y socialista capaz de ofrecerle un marco propio e intransferible. Un proyecto que nunca había dejado de latir totalmente -y que la prosperidad capitalista o el "socialismo" de Estado nunca consiguieron sustituir ni enterrar- recobraba allí sus antiguos bríos. Y en ese hecho, además, se reconocían dos facetas que no siempre llegaron a ser visualizadas cabalmente y con todas sus consecuencias: el "mayo francés" representó, ciertamente, el rescate de un pasado y de unas tradiciones que todavía podían mantener en alto sus rasgos definitorios,

pero también fue un anuncio fundacional, transgresor, creativo, que prometía ser la continuidad de un viejo movimiento pero ahora sobre cauces que sólo cabía interpretar en su radical novedad. Porque el “mayo francés” fue también la condensación y el resumen de un vasto, profundo y dilatado movimiento histórico que expresó la emergencia de nuevos entendimientos y nuevas nociones que ya no se correspondían punto por punto con las sociedades, las prácticas y los instrumentos organizativos que durante más de medio siglo le habían conferido al anarquismo clásico su personalidad distintiva. Si el anarquismo pudo resurgir entonces de sus cenizas no fue porque los grupos que lo expresaron se limitaran a recordar efemérides gloriosas y entrañables y conmover así a sus ocasionales auditorios; no fue porque finalmente hubiera conseguido demostrarse que en la comuna parisina de 1871, en la Rusia de los soviets de 1917 o en la España revolucionaria del 36 los anarquistas constituían la fuerza auténticamente socialista y emancipadora; no fue porque se reclamara para sí fidelidad con alguna ortodoxia inmovible ni se recurriera al embelesado arrobamiento de una repetición ceremonial: fue así porque el anarquismo se presentó nuevamente como una fuerza rejuvenecida y capaz de ofrecer explicaciones y respuestas a los múltiples interrogantes y problemas de un tiempo que entonces era y ahora sigue siendo el nuestro.

Dos características, de las que el “mayo francés” no fue sino un anticipo y quizás también, paradójicamente, una consagración, destacan entre tantas otras: por un lado, la emergencia de una concepción de las sociedades según la cual éstas ya no eran susceptibles de aprehensión a partir de un mecanismo central determinante, cuyo control favorecería inmediatamente los cambios que solitariamente establecieran los planificadores o las pitonisas de turno; y, por otra parte, en consonancia con lo anterior, el fastuoso surgimiento de un abigarrado conjunto de movimientos sociales dispuestos a afrontar las luchas de contra-poder cuándo y dónde se los requiriera. Lo que allí se estaba poniendo en cuestión eran las nociones -vueltas tradicionales por cierta izquierda de raíz leninista- respecto a la toma del poder como instancia demiúrgica de la construcción socialista, así como se sumergía en la pila bautismal la experiencia descentralizada y transversal de movimientos que emprendían la transformación capilar de la sociedad en los ámbitos donde se los reclamaba. De allí en más se volvió evidente la convicción de que la construcción de un mundo nuevo ya no podía reducirse al decimonónico asalto del cielo y a la consecuente transformación de ciertas estructuras entendidas como fundamentales, organizadoras y definitorias: ahora las revoluciones debían ser, también y sobre todo, revoluciones que abordaran y abarcaran todos los vericuetos, intersticios y anfractuosidades de la vida en sociedad; debían ser, en suma, además de su horizonte de supresión radical y a escala global de la dominación política y la explotación económica, revoluciones de la vida cotidiana.

El anarquismo clásico<sup>3</sup> sabía ya bastante de estas cosas y nunca dejó de acompañar su aliento insurreccional -fuera inmediatista o de largo plazo- de una fuerte valoración de los aspectos éticos, tanto a nivel individual como colectivo. Siendo así, el cambio de las actitudes básicas en las relaciones de convivencia libre y solidaria entre iguales no era un tema que pudiera postergarse para las calendas griegas, sino un horizonte de realizaciones anticipadas a poner inmediatamente en el tapete, como matriz y como anuncio augural del mundo nuevo. A la luz de esas convicciones, el anarquismo clásico animó un conjunto de prácticas que hoy bien podrían inscribirse dentro de las preocupaciones por lo cotidiano: las escuelas racionalistas, el cultivo del esperanto, la fascinación por la ciencia y el arte, el amor libre, la alimentación vegetariana, el contacto con la naturaleza, etc., etc.

histórica sobre el patriarcado; asimismo, será posible encontrar inflexiones proto-ecologistas, pero casi nunca habremos de ver que ellas se antepongan a consideraciones de orden sindical y así sucesivamente. En otras palabras: la argumentación “clasicista” tiene antecedentes a los cuales recurrir de casi cualquier práctica renovadora contemporánea; pero jamás podrá demostrar que ocupaban el mismo lugar, destacado y generatriz, que actualmente tienen.

<sup>25</sup> Sería extraordinariamente engorroso, y nos situaría al borde de un tedio insoportable, intentar siquiera una fundamentación bibliográfica más o menos mediocre de estas afirmaciones. Mencionemos, sin embargo, algunas lecturas que puedan ser de utilidad para profundizar en los distintos temas que aquí se han reseñado y sin que las referencias impliquen admiraciones o consensos de tipo alguno por parte nuestra. Sobre las nuevas características del trabajo es interesante el libro de Richard Sennet, *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Editorial Anagrama, Barcelona, 2000. Sobre las evoluciones más recientes del capitalismo y su repercusión en la trama de clases es posible encontrar algunos datos de provecho en la compilación de Anthony Giddens y Will Hutton; *En el límite. La vida en el capitalismo global*, Tusquets Editores, Barcelona, 2001. Sobre el nuevo rol del Estado y sus reajustes, una lectura útil es, de David Held, *La democracia y el orden global. Del Estado moderno al gobierno cosmopolita*, Ediciones Paidós Ibérica, Barcelona, 1997. Sobre el tema del poder y sus diferentes abordajes, elaboraciones algo más antiguas pero todavía vigentes se encuentran en M. Foucault, J. Donzelot, C. Grignon, J.P. de Gaudemar, F. Muel y R. Castel, *Espacios de poder*, La piqueta-Endymion, Madrid, 1991. Sobre los cambios en la sensibilidad y en las actitudes sociales, son altamente polémicas pero atendibles y agudas las ideas de Gilles Lipovetsky volcadas en *El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*, Editorial Anagrama, Barcelona, 1994.

<sup>26</sup> El proceso de “globalización” no cuenta todavía, a nuestro modo de ver, con una aproximación teóricamente pertinente, y el concepto mismo encubre las obvias intenciones publicitarias de quienes lo acuñaron. De tal modo, la denominación del movimiento de oposición al nuevo orden mundial como “movimiento anti-globalizador” tampoco parece reunir condiciones mínimas de satisfacción. No obstante ello y como concesión a las costumbres en boga, hemos optado aquí por secundar una nomenclatura tan equívoca. Sin perjuicio de estas afirmaciones, puede consultarse con provecho un interesante intento de explicación de la problemática en el libro de Michael Hardt y Antonio Negri, *Imperio*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2002.

<sup>27</sup> En apoyo de esta afirmación, basta mencionar algunas de las redes particularmente activas en el llamado movimiento anti-globalizador que implícitamente han ido asumiendo posturas claramente libertarizantes en lo organizativo y en lo metodológico, como es el caso de la Acción Global de los Pueblos, Direct Action Network, Convergencia de las Luchas Anti-Capitalistas (CLAC) y otras tantas; algunas de las cuales remiten inmediatamente al recuerdo de la impronta anarquizante del Movimiento 22 de Marzo en el contexto del “mayo francés”.

<sup>28</sup> Vid., de Henry David Thoreau, *Del deber de la desobediencia civil*. Se trata de un folleto publicado en 1849, luego de la detención de Thoreau en 1846 por negarse a pagar impuestos, en virtud de que -según su alegato- no había sido consultado acerca de los mismos. Thoreau ha sido especialmente influyente en la vertiente norteamericana del anarquismo. El folleto ha sido publicado en innumerables ocasiones y una versión reciente y accesible es la de Ediciones del Valle y Dissur Ediciones; Buenos Aires, 1997.

<sup>29</sup> Eso es, aproximadamente, lo que sostiene Alain Deneault en su artículo “El ‘viraje histórico’ de Seattle”, cuya traducción castellana puede encontrarse en el N° 56 de *Iniciativa Socialista*, España, primavera 2000.



Language; Pantheon, Nueva York, 1975 y *El conocimiento del lenguaje*; Ediciones Altaya, Barcelona, 1994.

<sup>18</sup> Sobre el tema, el libro clave de Murray Bookchin es *La ecología de la libertad. La emergencia y la disolución de las jerarquías*; Nossá y Jara Editores, Madrid, 1999.

<sup>19</sup> El malogrado antropólogo Pierre Clastres dejó planteada una obra inconclusa, polémica y original cuyas mejores exposiciones pueden hallarse en *La sociedad contra el Estado*, Monte Ávila Editores, Caracas, 1978 e *Investigaciones en antropología política*; Editorial Gedisa, Barcelona, 1996.

<sup>20</sup> De René Lourau hay que tener presente especialmente *El análisis institucional*; Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1975 y *El Estado y el inconciente*; Kairós, Barcelona, 1986. Recientemente, se publicó en castellano una recopilación póstuma de artículos bajo el título de *Los intelectuales y el poder*; Editorial Nordan-Comunidad, Montevideo, 2001.

<sup>21</sup> Paul Feyerabend no dice ser anarquista más que en el terreno epistemológico, pero sus contribuciones en filosofía de la ciencia parecen ser un aporte más que suficiente: vid., de su autoría, *Contra el método. Esquema de una teoría anarquista del conocimiento*; Editorial Ariel, Barcelona, 1974, *Tratado contra el método*; Editorial Tecnos, Madrid, 1986 y *La ciencia en una sociedad libre*; Siglo XXI Editores, Madrid, 1982.

<sup>22</sup> Ocasionalmente se agrupa la problemática y el clima de estas elaboraciones bajo la genérica e imprecisa denominación de postestructuralista, según un criterio que sólo se sostiene a partir de la situación cronológica de tales autores. Esa denominación pasa por alto, además, las diferencias existentes entre los mismos: que resultan más que evidentes, por ejemplo, entre los presupuestos de Castoriadis y los del resto. Una más que oportuna selección de textos, que ilustra ampliamente la atmósfera teórica que queremos transmitir, puede encontrarse en Christian Ferrer (comp.), *El lenguaje libertario (1. El pensamiento anarquista contemporáneo y 2. Filosofía de la protesta humana)*; Editorial Nordan-Comunidad, Montevideo, 1990 y 1991. Sobre las exageraciones, equivocidades y desatinos a que daría lugar esa atmósfera, supuestamente signada por el "relativismo", vid., nuevamente, la postura crítica asumida por Sokal y Bricmont, op. cit.

<sup>23</sup> A los autores y textos mencionados, bien podrían añadirse muchos otros que discurren en idéntica dirección. Por ejemplo, en los años 60, ya eran clásicas e influyentes las obras y realizaciones en el terreno de la pedagogía libertaria de Herbert Read y Alexander Sutherland Neill; conservando las mismas un suceso relativo pero atenuado en este comienzo de los años 90. En esos años, también, continúa proyectándose el influjo de dos psiquiatras ingleses - Ronald Laing y David Cooper - que ya en los años 60 habían sorprendido con sus provocativas teorías y experiencias en un campo que ellos calificarán como antipsiquiatría, del cual la autogestión de un internado para "enfermos" mentales resultaría ser un ejemplo mayor y merecedor de alguna que otra experimentación más o menos inspirada en el mismo. Si bien las obras de estos autores quedan, como se ha dicho, ligeramente por fuera de las corrientes teóricas de mayor circulación a fines de los años 80 y principios de los años 90 -que son a las que aquí pretendimos dar relieve- es obvio que se inscriben perfectamente en el "cuadro de época" que se precipita con el "mayo francés" y se encuentran enteramente en línea con sus trazos fundamentales.

<sup>24</sup> Ya se ha dicho, y en este momento habrá de recordarse, que esta faceta debe considerarse como no tradicional en cuanto a su significación teórica e ideológica global. Es decir, así como en tiempos del anarquismo clásico quedaba referida al trabajo en tanto noción central, ahora contará con una virtualidad reflexiva mucho más honda, con derivaciones considerablemente más amplias y con campos específicos de condicionamiento y desarrollo. Por ejemplo: el anarquismo clásico podía dar lugar a prácticas feministas, pero difícilmente acogiera una vasta elaboración

Además, ahora sobre todo en sus variantes más individualistas o más recelosas de la organización, profundizó ciertamente en su crítica de las instituciones, -desde la moral a la familia, pasando por el derecho- como permanentemente sospechosas de creación de autoridad y dependencia. Pero, incluso así, es posible situar, a partir de esa cosmovisión, desplazamientos y reubicaciones conceptuales que, en conjunto, implican un giro que tal vez quepa calificar de radical y que, de hecho, reorganiza el campo de entendimientos y significaciones. ¿Cuál es, entonces, ese giro? A nuestro entender, el mismo consiste en que las elaboraciones y experimentaciones características del anarquismo en su período clásico eran operaciones intelectuales y prácticas que iban desde y hacia el trabajo, ubicando en esa relación social precisa -o relativamente precisa- el punto de ebullición, ruptura y cambio de estado; el lugar de origen de todo sojuzgamiento, la residencia genética de toda emancipación y el destino mismo de toda libertad concebible. Hacia fines de los años 60, sin embargo, al menos en aquellas sociedades que poseían ya un formidable desarrollo tecnológico y una extraordinaria acumulación de bienes disponibles, el trabajo había comenzado a perder su condición central:<sup>4</sup> las estrategias de poder eran reconocidas y contestadas, para decirlo en sus clásicos términos latinos, tanto en el campo del *negotium* como del *otium*. La propia diversificación y segmentación interna de esas sociedades, la multiplicidad de espacios de sociabilidad que no tenían en el trabajo su centralidad cultural ni su asignación última de significaciones, generó un terreno ampliamente propicio para la conformación de una constelación de identidades en construcción y en movimiento que pasaron a ocupar un lugar que antes no tenían.

Cambiaba también el cuadro de clases, actores y potenciales sujetos revolucionarios. Aquella oposición tradicional -definitivamente clara, central y absorbente- entre la burguesía y el proletariado, que marcara el compás de los entendimientos y las prácticas del anarquismo clásico, pasaba a ser históricamente revalorizada. Y ello al menos por tres razones: en primer lugar, por la pérdida tendencialmente progresiva de volumen de la clase obrera industrial, en su sentido más genuino, y del viejo artesanado; en segundo término, por la percepción creciente -ciertamente muy discutible- de su incorporación, asimilación y cooptación, a través de un sindicalismo burocrático y reformista, por los Estados benefactores de la segunda post-guerra; por último, también a partir de formas de producción en las que el trabajo concebido como fuerza física pasaba a ser sustituido por modalidades en las que era considerablemente más notorio el componente de conocimiento y de información.<sup>5</sup> La configuración de clases se orientaba hacia una estructura caracterizada por el crecimiento exuberante de los servicios y daba lugar a la formación de nuevas capas de trabajadores o al aumento de la incidencia de otras habitualmente situadas a la zaga de las luchas sociales y que ahora se hacían lentamente de un espacio propio -como fue el caso del personal de la enseñanza y de la salud-, en los primeros puestos del enfrentamiento a lo que ya entonces se denominaba "sociedad de consumo". Transformación societaria ésta que lejos de circunscribirse exclusivamente a esas sociedades "avanzadas", comenzaba a manifestarse también holgadamente en aquellos países que ni siquiera habían completado un proceso de industrialización que pudiera considerarse como medianamente vigoroso.

El Estado mismo se encontraba en un proceso de redefinición de su papel y favorecía así un nuevo desplazamiento respecto a las nociones acuñadas por el anarquismo clásico. En éste, el Estado era la condensación y el resumen del principio de autoridad y su supresión resultaba ser el *desideratum* político revolucionario. Pero, a fines de los años 60, ya se hacía imprescindible reubicar el problema del

Estado, de los espacios públicos y de la organización “democrática” de la sociedad, así como de sus correspondientes y recientes historias.<sup>6</sup> Al respecto, cabe decir que, así como el llamado Estado benefactor hubo generado en torno suyo consensos inexistentes en el momento de la elaboración original del anarquismo clásico, su inminente desguace volvía irrelevantes los mismos, transformaba en etéreos los espacios públicos y diluía la política al grado de teatralización insustancial de la decisión colectiva. En efecto, mal podían sostenerse ya en ese entonces el simulacro democrático del sufragio universal, la participación ciudadana, el ejercicio indirecto de la “soberanía” a través de la institución parlamentaria y algunas otras entelequias de similar calibre; sobre todo cuando el propio Estado empezaba a ser subrogado voluntariamente en muchas de sus prerrogativas y en buena parte de sus funciones instrumentales y simbólicas por corporaciones transnacionales de enorme capacidad financiera y organizaciones supra-estatales o sub-estatales que ya constituían manifestaciones más o menos evidentes de una genuina concentración de poder, crecientemente gravitantes respecto a la que expresara en su momento ese aparato jurídico-político que el anarquismo clásico concibió como la sede natural y virtualmente monopólica de las mismas. Entonces se hizo necesario concluir que el Estado no constituía una centralización excluyente del poder político sino que tales esquemas de dominación acumulada, institucionalizada y legitimada podían formarse también en relación de coexistencia con él; fuera ésta de complementación o de competencia.

El poder, por lo tanto, también se volvía mercurial e inasible y dejaba de ser ese lugar perfectamente identificable y generalmente identificado con el Estado. Ahora, el poder se diluía a lo largo y a lo ancho de la propia “sociedad civil” y sus concentraciones o sus propias condensaciones estatales dejaban de admitir esa aureola de exclusividad -o, al menos, de hegemonía indisputable- que antiguamente se les confería. El poder perdía así buena parte de su condición sacramental, asumía nuevas conceptualizaciones y reclamaba ser tratado no sólo como un lugar fijo y una estatua a derribar sino también como relación -ya estuviera ésta institucionalizada o no- y como estrategia de dominio.<sup>7</sup> Una estrategia de dominio que bien podía ser reversible, a través de discursos y prácticas de oposición y resistencia, pero que ocasionalmente también cristalizaba en formas institucionales a las que ahora había que dedicar una atención preferencial o al menos más intensa que aquella ya abordada, ciertamente, por el anarquismo clásico. La escuela, la cárcel, el hospital, el manicomio, el convento o la fábrica ya habían sido, en efecto, objetos de las diatribas y la iracundia libertarias, pero ahora era necesario asignarles también una condición específica derivada de las autonomías discursivas en las que se fundamentaban y -más embarazoso aún- emprenderla críticamente contra las constelaciones de saber en las que encontraban sus justificaciones y sus apoyos más lejanos. Ya no todo podía ser derivable del Estado o del capital y depender cual reacción en cadena de esos enfrentamientos básicos, sino que ahora el cambio social de sentido anarquista exigía una multitud renovada de nuevos acosos: el “principio de autoridad” ya no podía ser sola y simplemente una emanación y una persistente presencia de cierto sentimiento religioso atávico sino que pasaba a expresarse de mil maneras distintas, relativamente independientes entre sí, desde orígenes diversos y muchas veces ocultos a una mirada lineal e ingenuamente totalizadora.

Entre tantas mutaciones de época, no puede dejar de mencionarse a las habidas en torno a la concepción o a las filosofías de la historia. Aquella vieja noción decimonónica, según la cual la historia sólo podía aprehenderse como superación constante, como evolución inexorable y como progreso imposible

mejores tradiciones del anarquismo clásico constituyeron una de sus vertientes principales. Por esa sola razón, no debería interpretarse ninguna de sus afirmaciones sobre el tema como menosprecio y mucho menos como burla de las mismas; antes bien, siempre habrá disposiciones y emociones para un sincero y rendido homenaje a dichas tradiciones en su contexto histórico propio. La ruptura relativa y siempre condicionada con las mismas fue un proceso largo, errático, transitado sin demasiadas alegrías y que todavía hoy provoca algún temblor y alguna vacilación; proceso que, además, como módica demostración de su “buena fe”, apenas si se atrevió a dar el “mal paso” hacia el post-clasicismo -y sólo luego de múltiples, espasmódicos y dolorosos desplazamientos parciales- recién a fines de los años 80, ¡veinte años después del “mayo francés” y sin ningún alarde de anticipo y precocidad! Por lo tanto, y aun cuando razones de estilo vuelvan innecesarias y engorrosas las aclaraciones correspondientes, debe entenderse que la mayor parte de las afirmaciones críticas contenidas en este trabajo no pretenden ilustrar un absurdo pontificado ejercido desde un lugar neutral e incontaminado sino que aspiran a ser también profundamente autocríticas.

<sup>13</sup> No ignoramos que la polémica interna en el movimiento anarquista español se radicalizó a tal punto, en algún momento, que muchas veces la explicación básica de su intempestivo debilitamiento estuvo centrada en la existencia de “infiltraciones” y “traiciones”. De nuestra parte, no negamos que el proceso de escisión de la CNT debe haber estado jalonado por actitudes personales más que dudosas, pero sí nos permitimos sospechar que tales cosas nunca son decisivas en movimientos sociales cuyos arraigos están en condiciones de sobreponerse a las intrigas más formidables. Por lo tanto, lo que creemos es que la polémica interna no supo resolver precisamente las condiciones de un arraigo social fluido, nuevo y distinto por parte de las organizaciones anarco-sindicalistas. Para un seguimiento de cercanías y desde la óptica “cenetista” es oportuno consultar el trabajo de Juan Gómez Casas, *Relanzamiento de la CNT (1975-1979)*; Madre Tierra, Móstoles, 1984, y, como muestra de virulencias opuestas, quizás nada mejor que el trabajo de Carlos Semprún Maura cuyo título es por sí mismo un provocativo anuncio de sus contenidos; *Ni dios, ni amo ni CNT*; Editorial Tusquets, Barcelona, 1978.

<sup>14</sup> Los términos rusos *perestroika* y *glasnost* estuvieron virtualmente incorporados al castellano de habla corriente entre 1985 y 1991; es decir, entre el comienzo de la era Gorbachov y el momento en que la Unión Soviética estalla en pedazos definitivamente. Ya no es así desde aquel entonces y, por lo tanto, cabe aclarar ahora, para los más jóvenes o los poco memoriosos, que los mismos se traducían habitualmente como “reestructura” y “transparencia” respectivamente.

<sup>15</sup> El más obvio de los deslindes conceptuales es aquel que se hace preciso establecer entre los procesos de “restauración democrática” en los países latinoamericanos y los procesos de implosión y derrumbe de los modelos “socialistas” propios del bloque soviético. Por lo pronto, en el primer caso es posible encontrar una memoria anarquista más fresca y en algunos casos también una generación previamente formada y todavía en actividad; en el segundo caso, mientras tanto, ello es absolutamente improbable y la “memoria” sólo podrá ser el producto de una clandestina e indirecta tradición oral, de hallazgos libresco propios de anticuarios o de módicos contactos transfronterizos por la vía que fuere. Además de esto, es evidente que también se hace necesario destacar que se trata, en uno y otro caso, de configuraciones societales y procesos históricos que no son estrictamente asimilables, más allá de los parecidos que se puedan poner de manifiesto.

<sup>16</sup> La alusión es unívoca y más que consabida, y no puede remitir a otra cosa que a la tristemente famosa tesis de Francis Fukuyama. Vid., de su autoría, *El fin de la historia y el último hombre*, passim; Editorial Planeta, Barcelona, 1992. Cabe decir que el libro mencionado es una reelaboración y un desarrollo contumaz del éxito perfectamente esperable de un artículo previo en el que se desarrollaba la tesis -implacablemente hegeliana pero corregida y *aggiornada*- de que la culminación de los afanes de la humanidad no tuvo lugar en tiempos del Estado prusiano sino aquí y ahora, en la época de George Bush *senior*.

<sup>17</sup> La obra lingüística de Noam Chomsky es vastísima y no carece de inflexiones técnicas quizás áridas para lectores sin un interés específico en el tema. No obstante, pueden consultarse con provecho sus obras *Reflections on*

y 1992, respectivamente. Además, es altamente sugestivo que precisamente ese tramo de la trayectoria teórica de Foucault es el que se entiende -prácticamente en forma unánime- resulta ser el más fuertemente tributario de la tónica del "mayo francés".

<sup>8</sup> El siglo XIX fue especialmente pródigo en este tipo de concepciones. Las ideas de Auguste Comte, Herbert Spencer o el propio Charles Darwin -traducido éste a claves societarias- ilustran abundantemente las posturas evolucionistas. Hegel y Marx, mientras tanto, son sin duda los exponentes más calificados entre aquellos que asignan a la historia un punto de destino. A nuestros actuales efectos, resulta especialmente oportuno calibrar la extraordinaria fuerza que estas ideas tuvieron incluso hasta bien avanzado el siglo XX. En tiendas anarquistas, puede decirse que el exponente más próximo a las mismas -en términos evolucionistas aunque no darwinistas- fue Piotr Kropotkin, y su más lúcido contradictor Errico Malatesta.

<sup>9</sup> Para una más que interesante y nunca confesada aproximación a cierto "voluntarismo" casi malatestiano, pero desde bases teóricas distintas, vid. Cornelius Castoriadis, *La institución imaginaria de la sociedad*, passim; Editorial Tusquets, Barcelona, 1983. Una exposición más próxima, resumida y accesible de las concepciones de Castoriadis al respecto puede encontrarse en "Imaginario e imaginación en la encrucijada", recogido en edición póstuma en *Figuras de lo pensable*, pág. 93 y sgs.; Fondo de Cultura Económica, México, 2001.

<sup>10</sup> He aquí, probablemente, una de las claves privilegiadas para comprender el profundo cambio de los modos de pensamiento entre la época del anarquismo clásico y nuestro propio tiempo. La acepción vuelta tradicional de la anarquía, que la asociaba con el desorden, era respondida en términos defensivos -"la anarquía es la máxima expresión del orden", "la libertad no es hija sino madre del orden", etc.- capaces de ofrecer una réplica adecuada en ese nivel de discusión. Hoy día, tanto desde las ciencias naturales como, casi siempre por reflejo, desde las ciencias sociales, se admite que el caos -en sus diferentes acepciones, que no necesariamente coinciden con la noción de desorden- es uno de los estados de alta probabilidad de la materia inanimada, de los organismos dotados de vida y de las sociedades. En este último campo, el orden perfecto sólo podría quedar asociado a un totalitarismo inconcebiblemente extremista: con lo cual, paradójicamente, este tramo -y sólo este tramo- del discurso propio del anarquismo clásico se volvería ¡decididamente reaccionario!. Sobre la moderna teoría del caos, vid., entre tantísimos otros textos, Ilya Prigogine -¿*Tan sólo una ilusión? Una exploración del caos al orden*; Editorial Tusquets, Barcelona, 1988-; Edward N. Lorenz -*La esencia del caos*, passim; Editorial Debate, Madrid, 1995-, Fritjof Capra -*La trama de la vida. Una nueva perspectiva de los sistemas vivos*; Editorial Anagrama, Barcelona, 1998- y George Balandier -*El desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales. Elogio de la fecundidad del movimiento*, esp. cap. 2; Gedisa, Barcelona, 1989. Con todo, es importante reconocer que este campo de discusiones ha recibido un nuevo trazado desde la exploración crítica, más espectacular que profunda, de ciertas concepciones y ciertos procedimientos discursivos realizada por Alan Sokal y Jean Bricmont; vid., de los mismos, *Imposturas intelectuales*; Ediciones Paidós Ibérica, Barcelona, 1999.

<sup>11</sup> Esta afirmación puede parecer una "acusación" desmedida al anarquismo clásico, en el cual casi siempre hubo una incorporación, relativamente inocultable aunque nunca asumida como tal, de cierto milenarismo utópico; una asunción que, por cierto, no careció de ambigüedades y contradicciones más o menos notorias. Sobre el tema, vid. el planteo de la revolución como fusión del mito y la utopía en René Furth; *Formas y tendencias del anarquismo*; Editorial Acción Directa, Montevideo, 1970. Cf., también, Norman Cohn, una de las fuentes inspiradoras de Furth en el tópico respectivo; *En pos del milenio. Revolucionarios milenaristas y anarquistas místicos de la Edad Media*, pág. 15 y ss.; Alianza Editorial, Madrid, 1981.

<sup>12</sup> Permítasenos, al cerrar este apartado y por única vez, una breve apostilla personal a las presentes reflexiones. El autor de estas líneas se formó -o cree haberse formado- en un espacio de tensiones ideológicas libertarias del cual las

de detener, había recibido ya suficientes asedios e interpelaciones de los que no podría sobreponerse. Con razones mucho mayores todavía, se encontraban en jaque sus variantes fundamentalistas, las que no se conformaron con pronosticar un sentido determinado sino también un punto de destino de valor absoluto, al cual habría de arribarse en forma inevitable y como consecuencia del despliegue de leyes que decían contar a sus espaldas con el aval incuestionable de la "ciencia" o de una lógica misteriosa, iniciática e indescifrable.<sup>8</sup> Ahora, la historia -así, sin sus viejas y arrogantes mayúsculas- no soportaba una inclinación reverencial y pasaba a ser intuida como reversible, circular, pasible de estancamiento o, en el mejor y más deseable de los casos, como el producto conciente y colectivo de las sociedades humanas.<sup>9</sup> Ello reubicaba de otro modo los viejos temas de la construcción del socialismo, del abatimiento del Estado y, por supuesto, de la revolución. Ya no podía pensarse más en revoluciones reguladas por algún tipo de legalidad histórica, que maduraran y cayeran por su propio peso luego de una insoportable extensión de la explotación y la miseria. **Ahora, las revoluciones que pudieran alentar en el imaginario colectivo -al menos siempre y cuando merecieran los adjetivos de libertarias y socialistas- no serían más exclusivamente el fruto de la desesperación y del bloqueo de todo otro camino posible ni el producto automático de un conflicto entre las relaciones de producción y el desarrollo de las fuerzas productivas sino el resultado de un implacable ejercicio de la crítica, de la conciencia y del deseo.**

Indisolublemente vinculado a esta concepción, cobra arraigo también un nuevo estilo militante que empalma a su modo con una cultura juvenil abierta y desenfadada que se consolidó durante los años 60 y que desde entonces impregna una cierta sensibilidad social alternativa y transgresora. Ahora, los modelos hedonistas de comportamiento sustituyen sin demasiados cargos de conciencia a los modelos sacrificiales y ascéticos; la creatividad, la espontaneidad y hasta la alegría de la acción revolucionaria se antepone a aquellos recipientes organizativos que, sin percatarse de ello, asfixian la respiración comunitaria en los jadeos forzados del ritual burocrático; de la confianza en las planificaciones inviolables e incapaces de corregirse a sí mismas se pasa al respeto de las prácticas susceptibles de cambiar, inventar y hasta de convivir con el caos;<sup>10</sup> las identidades se vuelven móviles y se reconocen más en los recorridos vitales que en los lugares fijos; las historias confiables y previsibles ya no conmueven y los anhelos se concentran en la excitación de las sorpresas; dejan de importar los programas -que son percibidos como la adopción de la lógica del adversario- y se piensa que la contestación será tanto más radical cuanto menos codificada y ubicable pueda subsistir; la revolución ya no es el episodio unitario y final de la peripecia humana sino que, desde ese preciso instante, habría que ponerse a imaginar acerca de mil revoluciones divisibles y definitivamente inconclusas. Esa nueva cultura militante forjó en su momento agrupamientos nuevos que se resistieron a ser subsumidos en los moldes organizativos tradicionales. Agrupamientos que, considerados por sí mismos y acordes con la reciente impronta que los animaba, no podían menos que caracterizarse como furtivos y fugaces pero que, así y todo, **dieron lugar a un acontecimiento socio-político mucho más impersonal y perdurable y del que se sigue reflexionando desde aquel entonces: los nuevos movimientos sociales; una forma viva y activa de respuesta y contestación, de cara a contextos específicos de poder y dominación y vocacionalmente orientados a vincularse de maneras no centralizadas ni partidarias sino autonómicas y transversales.**

Mirados en conjunto y ahora en perspectiva, los cambios que se habían procesado hacia fines



de los años 60 eran demasiados y demasiado profundos como para que pudiera seguir sosteniéndose indefinidamente tanto una concepción de la sociedad, de la historia y del cambio revolucionario excesivamente anclada en los hallazgos teóricos sustanciales del siglo XIX como la constelación de entendimientos, nociones, proyectos, organizaciones y prácticas propios del anarquismo clásico. Si las sociedades ya no aceptaban más que a regañadientes ser representadas y explicadas a partir de algún principio central determinante sino que exigían la proyección teórica de su diversidad y de su caos primigenio; si la historia ya no nos conducía inexorablemente a ningún lugar seguro y predestinado en el que pudiéramos cifrar nuestras esperanzas o las de la generación siguiente;<sup>11</sup> si la revolución ya no podía ser considerada como el definitivo e invencible asalto al cielo; si, además, se nos exigía una visión renovada pero siempre libertaria del poder, de las instituciones, de las pautas de sociabilidad y de las prácticas de los movimientos sociales: entonces, **¿podíamos seguir siendo tercamente iguales a nosotros mismos y obcecados más en la defensa conservadora de nuestro pasado que en la conquista creativa y transgresora de nuestro futuro? ¿Alguien podía entonces y puede sostener todavía hoy que dichos cambios no son fundamentales y no obligan por sí mismos a un reordenamiento del campo teórico-ideológico del anarquismo clásico, al menos en el supuesto y en el deseo insoslayables de que nuestro movimiento sea capaz de disputar los caminos de reorientación de la historicidad específica en la que le ha tocado actuar? ¿Es posible que nuestra nostalgia por un pasado cargado de heroísmos y de glorias nos hiciera y nos haga permanecer todavía observando el mundo y el mañana desde la cubierta del acorazado Potemkin o en las barricadas levantadas frente al cuartel de Atarazanas? Pero, si no pudiera ser así, ¿es que ya no nos quedaba entonces ni nos queda hoy ni nos quedará mañana nada de lo que alguna vez fuimos y tuvimos? ¡Sí, por supuesto que sí!; nos quedaba, nos queda y nos quedará, entre muchos otros "bienes", nada más y nada menos que lo auténticamente importante y definitorio, lo que nos constituye como anarquistas y nos confiere nuestra personalidad distintiva e intransferible, lo más "tradicional" y permanente de cuantas cosas se hubiera ocupado Bakunin alguna vez: la crítica y el enfrentamiento radical e ineludible de todas y cada una de las formas y estrategias del poder; la búsqueda, el ensayo y la creación de una libertad intransigente para nosotros y para nuestros semejantes, en el marco de un igualitarismo profundo y multidimensional, pero no uniformizador, y a través de la práctica continuada de la solidaridad con los oprimidos de todo pelo y condición. Todo lo cual debería ser inscrito de una vez y por un buen tiempo más en un recorrido de futuro que ya correspondería caracterizar como anarquismo post-clásico.**<sup>12</sup>

### ¿Desperdersse o seguir durmiendo?

Esos rasgos de época y de largo aliento no fueron inmediatamente comprendidos de ese modo y el anarquismo no contó entonces con un marco teórico sólido y actualizado que le permitiera madurar un paradigma revolucionario que sustituyera a aquel réquiem admirable que fuera la heroica gesta del movimiento libertario español; ni siquiera en aquellos países europeos en que el reverdecer había sido más notorio. Por otra parte, aquel empuje de fines de los años 60 sólo consiguió proyectarse débilmente en América Latina y en Europa Oriental, por no hablar de otras regiones donde sus imágenes refractadas y sus ecos fueron más tenues todavía y sólo llegaron como referencia lejana, anecdótica, de

anarquismo clásico se constituirá en tanto paradigma del movimiento a escala internacional y su reconocimiento básico -en lo organizativo y en los métodos de acción- se dará a través del anarco-sindicalismo, extendiendo su influjo en forma prevalente hasta los tiempos de la revolución española de 1936-1939. Cabe aclarar, además y para evitar la reacción de historiadores meticulosos, que el anarco-sindicalismo, en sus expresiones modélicas, resulta de un largo proceso de maduración, que esa denominación no se adoptó de inmediato y que nosotros estamos incluyendo dentro de la misma a organizaciones que no se reconocían como tales; por ejemplo, la Federación Obrera Regional Argentina. También parece innecesario insistir demasiado en que esa figura paradigmática a la que aquí llamamos "anarquismo clásico" nunca fue el único "anarquismo realmente existente".

<sup>4</sup> Este proceso no ha hecho sino acentuarse lentamente a lo largo de un vasto período histórico, al menos si lo observamos desde el punto de vista de la distribución del tiempo diario. La máquina, efectivamente, "libera" a la especie humana de las tareas productoras: un obrero realizaba anualmente 5.000 horas de trabajo hace 150 años; 3.200 horas hace un siglo, 1.900 horas en los años setenta y 1.520 actualmente. Relacionándolo con la duración total del tiempo que permanece despierto en el conjunto del ciclo de la vida "el tiempo de trabajo representó el 70 por ciento en 1850, el 43 por ciento en 1900, solamente el 18 por ciento en 1980 y el 14 por ciento hoy". Cf., Roger Sue, *Temps et ordre social*, cit. en Renée Passet, "Las posibilidades (frustradas) de las tecnologías de lo inmaterial"; recogido, a su vez, en *Pensamiento crítico vs. Pensamiento único*, Le Monde Diplomatique, Edición española, Editorial Debate, Madrid, 1998. Más allá de lo dicho y de la convicción de que seguramente expresa una tendencia difícilmente desmentible, es de hacer notar que el mencionado trabajo no especifica la metodología según la cual se construyó el indicador ni aclara cuál es exactamente el universo de aplicación del mismo.

<sup>5</sup> En las reflexiones de época, llegaba a conjeturarse incluso que el estudiantado podía constituirse en una clase explotada anticipadamente y que, como tal, cabría considerarlo desde ese mismo instante en tanto "proletariado científico, cultural y tecnológico". Vid., por ejemplo, algunos giros y elaboraciones sobre el tema en Abraham Guillén; Estrategia de la guerrilla urbana, esp. págs. 138 y 162; Ediciones Liberación, Montevideo, 1970. Resulta de interés también aquilatar la concepción de Guillén según la cual, en la América Latina de la época, el proletariado ya no era, como en el anarquismo clásico, el sujeto excluyente, sino que el mismo se transmutaba en un frente de clases oprimidas. Véase ahora, de Guillén, *Desafío al Pentágono. La guerrilla latinoamericana*, esp. pág. 75; Editorial Andes, Montevideo, 1969.

<sup>6</sup> He aquí un magnífico ejemplo de nuestras debilidades en materia de elaboración teórica. En tiempos del anarquismo clásico, el Estado tenía una historia que era materia de reflexión y de elaboración; de lo cual hay, por supuesto, muy buenas pruebas: por ejemplo, Piotr Kropotkin; *El Estado y su papel histórico*; Cuadernos Libertarios de la Fundación Anselmo Lorenzo, Madrid, 1996. Sin embargo, desde el momento mismo en que dichos estudios se vuelven standards insuperables, y de ellos se conservan sus resultados y no el recuerdo de su proceso de construcción, el pensamiento anarquista parece exonerarse displicentemente del necesario esfuerzo de contrastación, actualización y aun refutación de los mismos. Es particularmente sugerente confrontar esta afirmación con textos modernos como el de Gastón Leval -*El Estado en la historia*; Editorial Otra Vuelta de Tuerca, Cali (Colombia), s/f-, que es superior al de Kropotkin por muchos motivos; pero que, sin embargo, no aborda de lleno y en profundidad una elaboración teórica específica a propósito de los Estados posteriores a la revolución francesa de 1789, más allá de algunas esporádicas referencias al pasar del Estado soviético.

<sup>7</sup> Es inocultable que esta conceptualización está fuertemente marcada, en régimen de interpretación libre, por la obra de Michel Foucault a propósito del punto; sobre todo, la elaboración del período intermedio, que algunos comentaristas han caracterizado como "genealógico". A nuestro modo de ver, la teorización de Foucault asociada con ese conjunto de textos -y, en medida mucho menor, con sus intervenciones políticas como "intelectual específico" que no siempre resultaron del todo afortunadas- constituye la principal referencia de un proceso de reelaboración en torno al problema del poder; referencia que, por supuesto, dista de ser canónica y acabada. Vid., de este autor, especialmente, *Microfísica del poder, Saber y verdad y Genealogía del racismo*; Las Ediciones de La Piqueta, Madrid; 1979, 1991



el mejor de los casos, podrá decirse que, entonces sí, dispondremos de las herramientas imprescindibles para recrear y plasmar nuevos conocimientos, nuevos proyectos y nuevas luchas; entonces sí habremos dejado atrás nuestra irredenta, simpática y pintoresca condición de mito y de ave Fénix. Ya no nos plantearemos resurrecciones inesperadas ni sorpresivos despertares; no estaremos desperezándonos ni seguiremos durmiendo, nuestros aullidos simultáneamente guturales y articulados podrán oírse a toda hora, sin bostezos ni somnolencias: simplemente, estaremos soñando una vez más y lo haremos indefinidamente bien despiertos.

Daniel Barret

<sup>1</sup> Esta frase, en su aparente simplicidad, encubre una concepción bastante más intrincada que no es posible desarrollar ni discutir aquí. Sintéticamente, esa concepción nos dice que el anarquismo, como movimiento social reconocible, es **un producto histórico** que germina en un punto de cruce donde reverberan las configuraciones sociales, políticas y económicas de cada período, los modos de pensamiento, las problemáticas y los entendimientos distintivos que se generan a ese nivel así como, fundamentalmente, las luchas y enfrentamientos que les son propios. En cada período, por ende, el anarquismo será una respuesta más o menos pertinente orientada a la reinterpretación y la reapropiación de **esa historicidad**, encontrando para ello tanto condiciones favorables como desfavorables que casi nunca pueden deducirse linealmente ni ser purgadas de toda complejidad. En particular, en este “vasto cuadro de época” de que hablamos, quizás sea posible decir que resultan relativa y directamente favorables el lento pero progresivo mutis por el foro y la creciente pérdida de atractivos de ciertas concepciones teóricas y de ciertas alternativas de cambio que le eran competitivas -un proceso de descongestionamiento histórico del cual el anarquismo emerge medianamente indemne- así como algunas características de las nuevas luchas sociales, centradas en la inocultable floración de movimientos renovados y refractarios a cualquier forma de centralización vanguardista. Pero ello no quiere decir, ni por asomo, que todas las tendencias que nuestro tiempo pone de manifiesto sean interpretables en el mismo sentido. **Tampoco se quiere dar a entender que la historicidad sea simplemente un eslabón más de una cadena irreversible y determinista, sino que se intenta presentarla como un campo de litigios y disputas de final incierto.** No hace falta decir, por otra parte, que tales cosas no se expresan exactamente de la misma manera en cualquier lugar del mundo, sino que en cada caso habrá que pasarlas por el cedazo de las especificidades correspondientes. Dicho esto, cabe advertir, además, que esta concepción de que hablamos, aun cuando no sea abordada y desarrollada especialmente en este texto, es, en el mismo, un auténtico nudo de derivaciones que convendrá tener particularmente presente.

<sup>2</sup> Como es bien sabido, no es posible encontrar el término autogestión en escritos anarquistas previos a los años 60: el mismo deriva de la traducción inicialmente francesa de la expresión *samo-upravlje*, utilizada en Yugoslavia para referirse a la administración directa de sus empresas por parte de los trabajadores. No obstante, el término expresa desde entonces -y lo hace a la perfección- lo que los anarquistas siempre quisieron significar sobre el punto; incluso aunque sea preciso reconocer que el mismo se haya prestado también a insufribles manoseos. Manoseos o no, lo cierto es que el término se mostró también bastante más fecundo y más ubicuo desde el punto de vista teórico, político y metodológico que cualquiera de sus equivalentes anteriores, incluso hasta el extremo de admitir una utilización coherente en expresiones que eran difícilmente pensables con anterioridad: “autogestión generalizada”, “autogestión de las luchas”, “autogestión pedagógica”, etc., etc.; desbordando así los campos, tradicionales y necesarios pero restringidos, de las unidades productivas y las comunas.

<sup>3</sup> Entendemos por anarquismo clásico, en un sentido deliberadamente restringido, a aquel cuerpo ideológico que se forma -con sus correspondientes proyectos de transformación, modelos de organización y métodos de acción- en el entorno de la ruptura de la 1ª Internacional y se sustancia en un movimiento revolucionario de base popular. Ese

dudosa aplicabilidad o implantación; sobre todo, por cuanto los cuadros epocales no actúan con la misma fuerza en cualquier territorio dado ni se expresan o se configuran como la mera réplica o la aburrida clonación de su diseño básico y original. Un cuadro de época que, además, en vastas regiones de América Latina, Asia y África ubicaba como eje prioritario de ciertas y predominantes luchas a los procesos conocidos y reconocidos como de liberación nacional; en torno a los cuales se articulaban y encontraban su significación prioritaria los movimientos sociales de gravitación más notoria. En cierto modo, también, algunas experiencias “socializantes”, más o menos autónomas respecto al bloque soviético (China, Yugoslavia, Cuba, Argelia o Vietnam), ubicadas genéricamente en ese marco de descolonización y anti-imperialismo, con su correspondiente cuota de combatividad independentista vigente y de contagiosos apasionamientos, mantenían abierto un crédito que para vastos sectores seguía siendo de expectativa y esperanza respecto a los derroteros vagamente anticapitalistas y estatistas que, en su versión madre, se declaraban en completa bancarrota con la invasión a Checoslovaquia en agosto del mismo año 1968. El anarquismo vivía el alborozo quizás mediatizado de su revitalización pero muy lejos estaba aún de constituirse en una alternativa revolucionaria extendida y socialmente relevante, tal como fuera concebido por sus militantes y sus adversarios en Italia, Francia, Rusia y varios países de América Latina hasta, por lo menos, los tiempos de la 1ª. guerra mundial y tal como se prorrogara en España durante veinte años más, hasta el momento mismo de su revolución inconclusa y frustrada. Aquel gozoso despertar sesenta-y-ochesco, entonces, sólo estuvo en condiciones de actuar como llamado de atención, como alerta, como insinuación, como apertura de nuevas posibilidades; pero no como un modelo de extendida referencia que pudiera inaugurar cauces de actuación sostenibles en el tiempo y concitar nuevas “certezas” -o nuevos interrogantes- en torno a las cuales reagrupar a un movimiento todavía confundido, convulsivo y a todas luces problemático.

El relativamente favorable cuadro de época, sin embargo, seguiría haciendo lo suyo y volvería a manifestarse en todo su esplendor en la España de la “restauración democrática” entre los años 1976 y 1979. Allí y en esos años, la vieja, querida y añorada Confederación Nacional del Trabajo emerge “inesperadamente” fortalecida y condensa en su entorno las expectativas y los sueños más sanos de la España post-franquista. A casi 40 años de su derrota más sentida, el movimiento anarquista internacional volvía a mirar ávidamente como propias las calles de Barcelona y a sentirse allí como si nunca hubiera dejado de identificarse con sus latidos más bulliciosos y más fuertes. Es Barcelona, precisamente y como no podía ser de otra manera, la que en 1977 se constituye en escenario de las Jornadas Libertarias y donde una vez más la CNT se percibe y es percibida como la síntesis de un intenso sentimiento popular y revolucionario que décadas de franquismo no habían conseguido adormecer ni abatir. Pero los años no habían transcurrido en vano y la reimplantación de la CNT y el anarco-sindicalismo ya no podía ser acogida en el lecho social español como si sus configuraciones básicas, su cultura política o sus bases de sociabilidad fueran las mismas que se habían abandonado en 1939. Incluso, por muy fuertes que pudieran ser en ciertos núcleos militantes las intenciones restauradoras, ya ni siquiera el movimiento anarquista era el mismo: una cosa era el consenso en torno a la CNT como mito y como símbolo y alrededor de su reorganización pública como una demorada revancha contra el franquismo, pero algo bien diferente resultaba ser la aceptación sin más de una cierta y reluctante ortodoxia que ya no parecía contar con las adhesiones suficientes ni con las mismas condiciones de posibilidad que tuvo en un pasado que, a ojos vista, se volvía cada vez más remoto.

El auge vivido durante esos años en España y luego su progresivo avance hacia la frustración

que representó la escisión de la CNT es particularmente sintomático y significativo. Las condiciones “favorables” parecían óptimas en alguna de sus vertientes, pero lo cierto es que **el propio movimiento anarquista organizado demostró no estar a la altura de las circunstancias y no contar con una matriz que realmente pudiera acoger y expresar, en su radical diversidad, las expectativas concitadas.** Una matriz, además, que no debía ser estrechamente concebida como un mero recipiente orgánico en el que alinear las nuevas adhesiones sino que reclamaba **la incorporación de formulaciones teórico-ideológicas y prácticas actualizadas y en condiciones de disputar una historicidad renovada en los términos en que ésta realmente se presentó.** La tensión básica que fue erosionando el auge del movimiento libertario español de los años 1976-1979 pareció constituirse en torno al enorme peso de su historia y a la pertinencia o no de su replicación en un escenario que era a todas luces diferente. Las demandas que ese mismo escenario había generado ya no podían reducirse a una controversia entre lealtades y deslealtades con el pasado y sus lineamientos de organización y acción: **ahora ellas exigían quizás pensar en un tiempo nuevo y en la consiguiente re-elaboración de un paradigma revolucionario en el que muy probablemente el anarco-sindicalismo, a la antigua usanza y con las mismas pautas de aquel lejano entonces, ya no podría ocupar el lugar absolutamente predominante que en su momento ocupó.**<sup>13</sup> En ese marco de posibilidades y de límites, de condiciones que se aparecían simultáneamente como “favorables” y “desfavorables”, el movimiento anarquista fue desgarrándose a sí mismo, enfrascándose en reyertas domésticas que por momentos cubrían el campo de las dedicaciones inmediatas y generando desencantos y fatigas que volverían a sumirlo en el riesgo de la desintegración fratricida y en la amenaza de la pasividad, la inoperancia o la pérdida de influencias.

La gran lección que nos deja el caso español, entonces, es que la existencia de condiciones favorables a los florecimientos libertarios no es más que eso y que su aprovechamiento y su consolidación -o, por el contrario, su dilapidación y su evanescencia- dependen en grado superlativo de lo que el propio movimiento anarquista pueda aportar de su propio peculio teórico-ideológico, político, organizativo y práctico. **Las tendencias de época constituyen un ofrecimiento no siempre gratuito de posibilidades y, según cómo se sepa dialogar con ellas, pueden ser tanto un crisol de realizaciones y avances como un cementerio de sueños y de ilusiones.** Si en algún momento, durante 40 años en buena parte del mundo y a lo largo de 6 décadas en la propia España, el anarquismo pudo constituirse en una alternativa revolucionaria socialmente significativa, **ello fue así porque sus respectivos movimientos locales expresaron, a lo largo de ese período, respuestas adecuadas a las configuraciones sociales y político-económicas, a los modelos de pensamiento y a los conflictos de esas sociedades en las que le cupo tener cabida y protagonismo.** Hoy no se trata, por lo tanto, de trasladar automáticamente y sin modificación alguna esas respuestas, como si las mismas pudieran estar más allá de sus referencias originales de tiempo y de lugar, sino de volver a “imitar” las operaciones genuinamente básicas e insustituibles de nuestros pioneros: **ese tenaz esfuerzo de búsqueda y elaboración creativa por el cual el movimiento anarquista consigue transformarse en un actor relevante de una historicidad específica y que no nos es dado elegir a voluntad.**

Florecimientos menores y en otras partes los hubo y en cantidad no despreciable durante los años siguientes, aunque ya no con la misma fuerza ni el mismo ímpetu que se pusieran de manifiesto en

sensación de malestar y de inconformismo con los logros reales de las organizaciones anarquistas clásicas; quizás, también, se intente contradecir o contrarrestar estas conclusiones con el inventario de siembras y cosechas parciales que sin duda habrá que acreditarles. Sin embargo, para nosotros, hace rato que ha llegado el momento de ir más allá todavía; hace rato que está planteada la apropiación plena de nuestro tiempo y la necesidad de explicar las crisis que hemos vivido en el pasado y de conjurar enérgicamente las que con toda probabilidad se nos presentarán en el futuro; hace rato que ha llegado el momento de un anarquismo post-clásico, que ahora mismo habrá que reconocer y fundar.

Afortunadamente, no se carece de antecedentes, de insinuaciones y de promesas que puedan ser interpretables en esa dirección: habría que mencionar, por ejemplo y en primerísimo término, la formación de una red libertaria amplia y sin exclusiones en Bolivia, en la cual confluyen -sin traumas, rivalidades ni disputas- diversas corrientes, prácticas y prioridades; en segundo lugar, hay que tener en cuenta el auspicioso proceso de convergencia unitaria que recientemente se ha detonado en Francia y que ha recogido ya el respaldo de grupos e individualidades pertenecientes a los distintos agrupamientos existentes;<sup>60</sup> por último -y sin que esto pretenda agotar la lista de rescates- hay que recordar también las amplias coordinaciones habidas en Italia con miras a la articulación de la presencia del movimiento libertario en las jornadas de julio de 2001 en las movilizaciones de Génova. Se trata todavía de experimentaciones y de ensayos; pero, aun así, daría la impresión que los mismos son augurales y no parece casual que tengan lugar precisamente en las actuales circunstancias. **Quizás hasta quepa alentar la expectativa de que esos movimientos expresan, en su actual nivel de posibilidades y de realizaciones, la extensión de una conciencia capaz de registrar que estamos frente a un punto histórico de inflexión y frente a un momento fundacional.** Como en toda otra ocasión que hemos estado en la cresta de una ola, **la consigna urgida y acuciante que se impone es que los pasos y los avances deben comenzar ahora y volverse tangibles en muchas partes a la vez.** Por lo pronto -y no es poco- ya hemos averiguado suficientemente que tales cosas dependen de nosotros mismos y que no es posible confiarlas a la fortuna, el destino o la casualidad.

Supongamos, por último, que en un futuro no demasiado lejano podamos contemplar orgullosos nuestros nuevos logros y viajar a lo largo y a lo ancho de nuestro nuevo tejido subversivo: ¿querrá eso decir que en ese preciso instante deberemos dar por resueltos los problemas inherentes a la recreación de un paradigma revolucionario? Evidentemente no, y en modo alguno podremos dejarnos ganar por esa ilusión. El modelo que se deduce de nuestra participación profunda en la densa trama de movimientos sociales y de sus luchas, así como el establecimiento de una conectividad irrenunciable a través de una multitud de redes locales, nacionales e internacionales, sin entenados ni parias ni proscritos, **no es otra cosa que una condición orgánica a través de la cual multiplicar nuestros lazos, nuestras reflexiones y nuestras posibilidades:** no se trata de declarar autárquicamente que acaban de resolverse todas nuestras carencias sino de celebrar **ese momento fundacional en que finalmente acaban de disponerse las fuerzas de nuestro campo de afinidades en el sentido que hará efectivamente viable por lo menos el planteo inicial y la asunción colectiva de nuestros problemas, nuestras responsabilidades y nuestros compromisos.** Porque, en definitiva, la elaboración de un paradigma revolucionario renovado y la atención de sus variables exigencias no es una travesía de gabinete ni un proceso de pensamiento puro sino -tal cual lo fuera la lenta y paciente tarea de construcción del viejo anarco-sindicalismo- un recorrido de trabajos y de afanes que sólo puede librarse en el contexto del propio movimiento histórico y como parte indisoluble y natural del mismo. En

ganar su primera batalla de contra-poder.

Un nuevo modelo organizativo, entonces, asentado en redes provisionarias, superpuestas y de prioridades intercambiables; en una proyección que se reclama a sí misma, simultáneamente, tanto en los planos locales como en los internacionales y en su imbricación con los movimientos sociales y sus luchas. Un modelo, además, que tanto por su forma como por sus menesteres se reclama como garantía -quizás la única garantía- de unidad del movimiento y no necesita de ni se enriquece con vanguardias internas ni centros iluminados ni columnas vertebrales. Si ésta es una de las condiciones que nos impone nuestra presente historicidad -como creemos que efectivamente lo es- habrá que decir, entonces, enfáticamente, **que los modelos de organización y acción propios del anarquismo clásico y del anarquismo de transición ya no se ajustan enteramente a las demandas de nuestro tiempo y ya no pueden aspirar razonablemente a expresar esa exuberante fauna de movimientos sociales y de luchas ni cuentan con el grado de “globalización” requerida ni pueden funcionar estrictamente en tanto redes.** Esto es así en la misma medida que uno y otro fueron elaboraciones y respuestas apropiadas a escenarios históricamente concretos y a problemáticas que ya no se presentan bajo la misma forma sino que han sido objeto de alguna que otra modificación sustancial. Por lo pronto, parece evidente que, a diferencia de lo que ocurrió en otros períodos, ninguna federación sindical y ninguna federación específica en los sentidos tradicionales de estos términos puede siquiera, al día de hoy, aproximarse con fuerza y virtualidades de incidencia a ese tropel de identidades y ebulliciones en movimiento; así como tampoco puede resumir y conjuntar en ningún país ni tan sólo a la mayoría de la militancia que expresamente se siente formando parte de una corriente cualquiera de pensamientos y prácticas anarquistas. **La conclusión provisoria que es posible extraer ahora mismo cae por su propio peso y es que la fusión completa del movimiento anarquista con las luchas sociales de un lugar dado y en nuestro contexto específico de historicidad sólo es procesable a través de formas inéditas de organización y acción que se correspondan firmemente con tales cosas; formas que tal vez representen un cierto giro copernicano en nuestra trayectoria y que todavía no nos hemos sabido dar.** Flagrante perogrullada quizás, pero también constatación removedora y quizás irritante, que choca contra costumbres bien asentadas a las que seguramente no es fácil desterrar con meros chispazos de inspiración y buena voluntad.

Que el anarco-sindicalismo ya no se corresponde con estas nuevas exigencias es una conclusión de por sí evidente, en tanto el mismo se concibe organizativamente como una respuesta centrada fundamental, si no exclusivamente, en torno a los problemas de explotación y dominación del trabajo. Las federaciones específicas, mientras tanto, presentan un grado de aproximación mayor con el modelo pero, aun así, no dan enteramente la nota. Por lo pronto, las mismas prevén modalidades de circulación que no son estrictamente reticulares sino que, según las expresiones clásicas, se dirigen de abajo hacia arriba o de la periferia al centro y no según un trazado multidimensional y “caótico”. A su vez, muchas de las identidades y temáticas que actúan como configuradoras de numerosos movimientos sociales no son incluidas como un momento teóricamente relevante y relativamente “autónomo” de elaboración sino que normalmente han sido reconocidas como “frentes” o como comisiones de trabajo. Ni qué hablar, además, de las dificultades que esas limitaciones presentan cuando se pretende trasladarlas sin soluciones locales de base al plano internacional; lo cual habitualmente no las resuelve sino que las amplifica.<sup>59</sup> Quizás todo esto no sea percibido más que como una intuición, una sospecha o una vaga

París, en 1968, y en Barcelona, en 1977. Los hubo, por ejemplo, en Argentina, en Brasil, en Uruguay, en Chile y en Bolivia, durante sus propios procesos de “restauración democrática”. Los hubo también, quizás en forma más cautelosa y menos desenfadada, en la Unión Soviética y los países de Europa Oriental, desde la *perestroika* y su correspondiente política de *glasnost*,<sup>14</sup> inaugurada oficialmente en 1985 por Mijail Gorbachov. En cada uno de esos lugares, en los momentos respectivos, podemos encontrar algunos parecidos y familiaridades particularmente sugerentes. Por ejemplo, parece bastante evidente que el colapso de sistemas políticos cerrados, en los que los espacios públicos se encontraron durante un buen tiempo bajo el control absoluto del Estado, da lugar a la emergencia de movimientos sociales que pugnan por el reconocimiento de sus identidades y por la forja de sus autonomías. A su vez, esos movimientos sociales pueden tener lazos más o menos fuertes con aquellos que los antecedieron y que constituyen su memoria histórica; pero, en líneas generales, se construyen sobre las cenizas de su pasado y reclaman un componente generacionalmente obvio de fundación y de novedad. Ello da lugar, por lo tanto, a procesos genuinamente instituyentes, en los que sus participantes más activos reclaman niveles de protagonismo que les estaban vedados inmediatamente antes; procesos que definen campos de batalla específicos internos a los propios movimientos sociales y en los cuales se abre un abigarrado abanico de tendencias que va desde los sectores más negociadores y condescendientes con los nuevos esquemas de dominación hasta los que defenderán en forma más cerril y consecuente las autonomías respectivas. Siendo así, ¿cabe alguna duda que el anarquismo habrá de ser uno de los recursos ideológicos más radicales y más firmes en los que apoyar esta última opción?

Entonces, más allá de deslindes conceptuales obvios,<sup>15</sup> más allá de las especificidades locales que en cada caso habrá que reconocer para construir la singular historia correspondiente, lo que parece más o menos notorio es que, toda vez que se produzca un ensanchamiento de espacios públicos, una afluencia de multitudes a los mismos y una exigencia de participaciones redobladas, el anarquismo tendrá mucho para decir y proponer, en tanto allí se están poniendo en juego algunos de sus núcleos doctrinarios básicos. Todo lo cual se ve, a su vez, consistentemente reforzado por la convulsión de clases a que tales procesos dan lugar: por la deslegitimación de los viejos esquemas de dominación con sus correspondientes formas y cuotas en que inmediatamente antes se distribuían las prerrogativas y los privilegios. Esas “aperturas”, por lo tanto, incuban normalmente también una impronta redistributista que sólo puede apuntar -al menos en esas peculiares condiciones- en un sentido más igualitario del que fue la tónica hasta ese momento. Una vez más, entonces, entre la mediocridad, las vacilaciones y las componendas de la *realpolitik* reformista, veremos cómo, a nivel de los grupos más beligerantes, se abre paso una corriente de signo vagamente libertarizante o lisa y llanamente anarquista que se propone llevar tales intenciones hasta sus últimas consecuencias. Será, en los pliegues y repliegues, en los acomodos y reacomodos del poder, una enésima oportunidad para los resplandores de la utopía.

Débiles resplandores, en todo caso, pues en esa segunda mitad de los años 80, ni en Europa Oriental ni en América Latina, la mayoría de los movimientos locales que fugazmente mostraron su vitalidad consiguió sostenerla durante demasiado tiempo. En el camino de la desintegración del bloque soviético, se formaron nuevas agrupaciones -en Polonia y en Checoslovaquia, en Rusia y en Ucrania, por ejemplo- y se intentó la reinserción de algunas formaciones antiguas que habían conseguido sobrevivir, fundamentalmente en el exilio, como es el caso de la Federación Anarquista Búlgara. Pero esos esfuerzos, esos apremios, requerían de un porte excesivamente titánico que no se estaba, en ese entonces, en

condiciones de ofrecer. La bajamar del “socialismo realmente existente” constituía, en efecto, un campo particularmente fértil para esas yemas, esos brotes de socialismo libertario que, por fin, se veían liberados de las bridas y los bretes de esa versión apócrifa y muy menor del capitalismo de Estado -y algo más- que prometía su extinción progresiva en la misma medida que las fuerzas productivas y las relaciones de producción lo fueran haciendo posible. Sin embargo, la marea socio-política tuvo otros ejes y otras direcciones: la seducción que ejercieron el liberalismo y el nacionalismo, por ejemplo, unido a cierto desencanto fuera de foco que confundía la experiencia soviética con las propuestas socialistas en general, constituyeron novedades y flancos alternativos de controversia difíciles de contrarrestar en esas especialísimas circunstancias. Así las cosas, hubo que conformarse -así fuera momentáneamente- con el logro de la reinstalación. Un logro pequeño, quizás, pero gigantesco si se lo mira desde el punto de vista de las décadas de persecuciones y ostracismos que el movimiento había debido soportar: para fines de los años 80 y principios de los 90 el anarquismo también podía contar, en Europa Oriental y en una Unión Soviética en vías de extinción, con interlocutores públicos, activos y reconocibles que ya comenzaban a perfilarse de otro modo y ubicarse a la espera de su oportunidad.

No obstante el entusiasmo que ello provocó en las filas del movimiento anarquista internacional, también en este caso se impone una aproximación crítica que dé cuenta de nuestras limitaciones. Digamos, en tal sentido y sólo como hipótesis que habrá que confirmar, que a nuestro entender uno de los factores de constricción habidos durante esos años en la Unión Soviética y en Europa Oriental fue haber apoyado **exclusivamente** el desarrollo del movimiento en labores de difusión ideológica o en la reimplantación de expresiones sindicales autónomas; afirmación que bajo ningún concepto pretende ir en menoscabo de la importancia extraordinaria e indiscutible que tienen tales cosas. Admitida, entonces, la esencialidad de dichas inclinaciones, lo que sí corresponde decir es que de ese modo el movimiento se privaba simultáneamente de explorar dos vetas igualmente gravitantes: en primer lugar, abarcando la enorme riqueza y variedad de procesos sociales en estado de ebullición que tenían su propio campo de acción en esas fechas y que abrían territorios en los que hubiera sido deseable marcar presencia desde inflexiones propias e intransferibles; en segundo término, habilitando una práctica política que, basada en una interpretación cabal de la realidad y de las transformaciones que estaban aconteciendo, fuera capaz de acompañar, puntuar e impugnar en forma concreta y adecuada, momento a momento, la configuración que iba adoptando el nuevo esquema de poder y dominación que finalmente fue legitimando su peculiar arquitectura. Seguramente, reclamarle realmente tales cosas a un movimiento incipiente, y que recién comenzaba a dar sus primeros pasos luego de décadas de separación con sus antecedentes, es algo más que excesivo. No obstante, no parece descabellado -siempre como enseñanza de futuro- tener en cuenta aquellos déficits que, en circunstancias determinadas y circunscritas a un cierto escenario histórico, puedan haber debilitado, enlentecido o estancado las posibilidades de incidencia y repercusión del movimiento anarquista.

Las cosas fueron iguales y distintas en América Latina. El movimiento anarquista contaba allí con una actuación más reciente y más fresca; continuada y notoria en algunos casos, interrumpida y marginal en otros. Siendo así, los procesos de “apertura democrática” favorecieron un encuentro pero también un choque generacional en el que confrontar los correspondientes y diferentes entendimientos de época. Pero ello sólo ocurrió así en términos muy generales puesto que, en los hechos, se produjo

vincula, interna y externamente, al ejercicio real o intuido del poder. Tampoco puede ser una red una institución de enseñanza concebida sobre la base de distribuciones asimétricas y estratificadas del saber que se reputan como permanentes. Mucho menos aún podría serlo una unidad productiva donde el derecho de decisión se funda en la propiedad accionaria o se delega a una élite gerencial especializada ni tampoco un cuerpo armado cuya existencia reposa sobre los criterios de mando y obediencia, disciplina y verticalidad. **Porque si algo instituyen las redes a punto de partida es la posibilidad efectiva y no mediatizada de realizar del modo que sea un cierto principio de igualdad comunicativa y de hacerlo en todas las direcciones que las fuentes emisoras de mensajes y de símbolos resuelvan explorar;**<sup>58</sup> sin que los mismos sean reputados a priori como verdades, como órdenes o tan siquiera como presiones morales frente a las cuales abdicar. Las redes se despliegan en el espacio y en el tiempo -tantos espacios y tantos tiempos como se desee-, son una trama de puntos y de líneas que se mueven en todos los sentidos concebibles, carecen de centros y apenas si admiten la formación de ciertos nodos episódicamente densos y constituídos alrededor de afinidades e intensidades perfectamente reversibles y modificables. Seguramente no hemos encontrado la piedra filosofal y no se trata, por cierto, de glorificar las redes ni de volverlas excluyentes ni de atribuirles propiedades mágicas que obviamente no poseen sino tan sólo de aprovecharlas como recursos privilegiados de participación y de evaporación o imposibilidad de toda autoridad central.

Pero hemos hablado antes de **redes provisorias, superpuestas y de prioridades intercambiables**. ¿Qué quiere decir exactamente esto? Las redes son proteiformes y pueden ser en algunas de sus densificaciones una asamblea, en otras una campaña, más acá una concentración urbana y en ciertas partes también una federación; simultánea y/o sucesivamente y luego de la aceptación indudable de que las transgresiones y las rupturas, al igual que la vida misma, renuncian al aliento de lo inmutable y de lo eterno. Las redes admiten y hacen posible que individuos y grupos puedan estar en más de un “lugar” a la vez, echar sólidas raíces en el terreno, engrosando el espesor de vínculos localizados, y al mismo tiempo conectarse, a través de sus identidades comunes o sus temáticas preferidas, con sus iguales del ancho mundo. Las redes son modulares y pueden adaptarse con mayor rapidez y flexibilidad que cualquier otra estructura a casi toda exigencia circunstancial. Dadas estas características, **las redes tienden a carecer de controles internos, de vetos, de censuras, de selecciones normalizadoras y de interrupciones circulatorias al tiempo que sus mallas experimentan un rechazo alérgico por las coordinaciones que rápidamente se vuelven vitalicias, por los productores monopolícos de ideologías y consignas, por los administradores de bendiciones y anatemas, por los caudillos o por los centros de gravedad que prestamente se sirven de la concentración informativa de que hayan conseguido proveer**. Como ya lo hemos insinuado, las redes rompen también con las formas tradicionales de manejo del espacio y del tiempo y, así, ponen en cuestión y en estado de impugnación inmediata las estrategias de dominación que sólo saben operar luego de haber instituido una disposición convencional de los mismos. La conspiración de clarividentes auto-proclamados como tales ya lo sabe: las primeras manifestaciones de rechazo al nuevo “orden mundial”, las primeras repulsas y los primeros frenos no fueron mandatos emanados de ningún Comité Central sino una circulación de sentidos, de informaciones y de ideas -a la vez silenciosos y estridentes- a través de las anastomosis capilares de este nuevo tejido subversivo. Un tejido sin personería jurídica, sin gerenciamiento técnico especializado y sin derechos de autor; un tejido que es vocacionalmente ilegal y clandestino y que, toda vez que consiga constituirse a sí mismo según estas pautas, habrá conseguido



solamente en las bases constitutivas sino también en el trazado de topografías y cronogramas que tal vez sean propios e innegociables. Los movimientos sociales, entonces, serían el espacio y la instancia de recuperación y modelado de las existencias y experiencias concretas, colectivizadas y ubicadas más acá y más allá de las abstracciones recurrentes de la jerigonza neoliberal: el "ciudadano", el "cliente", el "contribuyente", etc. De tal modo, los niveles "superiores" se vuelven también externos y lejanos, pierden buena parte de su instrumentalidad y su simbolismo y ya no pueden representar, expresar ni traducir -sea en sus versiones "oficiales" como en las "opositoras"- las diversidades, las policromías y las riquezas de ese magma calcinante.

Asumamos, también, que -en un mundo altamente integrado y aun "globalizado" como el nuestro- ninguna concepción ideológico-política cuenta con demasiadas perspectivas si no puede exhibirse como una corriente internacional expresiva de territorios, poblaciones, clases, movimientos, necesidades, intereses y cálculos estratégicos comunes, por lo menos a una cantidad relevante de países regionalizados. **Si esto es así, parece obvio que la fortaleza o la debilidad de nuestro movimiento y las condiciones de posibilidad de su proyección y de su desarrollo dependen -más que de arrebatos cíclicos y de renaceres periódicos- de su capacidad o su incapacidad para construir un respaldo teórico-ideológico, político y organizativo capaz de encarnar y poner en acción, por lo menos en una dimensión regional, los principios y las sensibilidades que lo animan.** Cualquier mediatización de este axioma, cualquier conformismo que se regodee de sus logros particulares, cualquier experiencia local que se considere completa en sí misma, podrán ser cosas entrañablemente válidas como expresión de sentimientos, de deseos y de rebeldías, pero limitarán conciente o inconcientemente sus potencialidades subversivas y se expondrán al riesgo de una excentricidad sin consecuencias o a transformarse tarde o temprano en la flor exótica de un invernadero cuya historicidad no disputamos. Esta convicción no implica, ni mucho menos, desconocer la extraordinaria importancia del actual reverdecimiento libertario ni tampoco afirma que tenga algún sentido preocuparse por la dimensión internacional sin bases nacionales y locales de sustentación. Lo que sí implica esta convicción es que el reverdecimiento debe ser apoyado y fortalecido trabajando sobre nuestras asignaturas pendientes y que ello debe ser escenificado en radios de actuación progresiva o bruscamente ampliados. La "justificación" de nuestra existencia y de nuestros proyectos tiende a hacerse dual cada vez más y ello tanto en el espacio como en el tiempo: **nos legitimamos en nuestro espacio local pero lo haremos con más fuerza si nos sabemos conectar con la constelación de micro-puntos resistentes de un mundo "globalizado"; podemos sentir que nuestra razón de ser se ubica a nivel de nuestras raíces históricas, pero esa razón de ser será tanto más inoxidable cuanto más pueda dar cuenta de que se fundamenta en los conflictos de nuestro tiempo y de los tiempos por venir.**

Finalmente: ¿qué cosas son esas redes de las que tanto se habla de un tiempo a esta parte? Digamos, en primera instancia, que constituyen **un inédito modelo de relaciones que no sólo se ha encargado de romper con las estructuras jerárquicas y autoritarias sino que amenaza o promete también diluir al máximo los riesgos de burocratizaciones impremeditadas, de participaciones recortadas y de indeseables concentraciones informativas.** De tal modo, puede concluirse rápidamente y sin devanarse demasiado los sesos que un partido político pensado y construido para ejercer el gobierno, ahora o en cualquier momento, difícilmente pueda constituirse alguna vez en tanto red; por lo menos mientras no renuncie expresamente a esa inmanencia fundamental que lo

un trasvase generacional que hizo más confusas todavía algunas cosas. El pasado había sido ferozmente reprimido y ocultado y no contaba con las mismas significaciones en cada uno de los casos: Argentina no era Uruguay y Brasil no era Bolivia; las historias particulares y las específicas experiencias de lucha provocaban por sí mismas un conjunto de distinciones y matices que no era posible saltarse con jovialidad y despreocupación. Además, si el pasado y sus expresiones habían sido víctimas de las persecuciones dictatoriales, parecía bastante lógico que un segmento significativo de las nuevas generaciones militantes se identificara prontamente con sus predecesoras. Así las cosas, no parece extraño ni curioso que la "restauración" libertaria tuviera -al menos en los primeros momentos y sólo de modo aproximado- un signo anarco-sindicalista en Brasil, adquiriera un sesgo especificista en Uruguay y estuviera basada en grupos afinarios en Argentina. No obstante ello, el desencuentro generacional en estado puro -purgado de los cruzamientos a los que ya se hiciera alusión- fue latente o manifiesto en casi todos los casos. El resultado casi inmediato fue que las iniciales y esperanzadas fuerzas de confluencia se volvieron centrífugas, la fragmentación ideológica y organizativa se transformó en un dato difícilmente modificable del paisaje libertario y en ningún caso puede decirse que haya emergido airosa una federación o una red anarquista que se sintiera el producto y la expresión de su tiempo, como parte de una épica propia y actual y no como heredera o albacea testamentario de su pasado.

Otra vez habrá que extraer de la experiencia las lecciones correspondientes, sin perjuicio del reconocimiento que haya que hacer a un movimiento que volvía a poner de manifiesto la tenacidad y la fuerza ideológica necesarias para renacer una vez más de sus cenizas. En este caso, en términos muy similares al español pero con diferencias ciertas respecto a lo ocurrido en Europa Oriental, el movimiento contaba con un bagaje de experiencias relativamente recientes y con ciertos modelos de actuación a tener en cuenta y, eventualmente, también a reproducir. El problema consistió, precisamente, en que esos modelos ya no podían ser trasplantados mecánicamente a un cuadro de época que entonces presentaba -y ya lo hacía desde un buen tiempo antes- un conjunto de transformaciones radicales y profundas, con sus correspondientes decodificaciones y resignificaciones generacionales. El problema, entonces, de la historicidad de un cierto paradigma revolucionario volvía a hacer una irrupción furibunda en la escena y a contextualizar el opacamiento y la decoloración de energías libertarias que se volvieron entrópicas en el correr de unos pocos años. Sin embargo, las cosas casi nunca fueron planteadas y mucho menos entendidas en esos términos, de modo que sólo adquirieron un reconocimiento superficial aquellos niveles de la polémica que se prestaban más a la confusión y a los reproches cruzados. Las tendencias a los discursos vagamente moralizantes, la preferencia por los adjetivos lapidarios antes que por la elaboración y la argumentación, el recurso a la descalificación ajena como camino de las afirmaciones identitarias más estrechas, constituyeron un saldo en rojo del que sería muy difícil reponerse. **Como se vio claramente, las condiciones "favorables" por sí solas no tienen una excesiva autonomía de vuelo y lo que el movimiento mismo sea capaz de hacer bajo su exclusiva responsabilidad y con cargo a su propia cuenta es también una condición principalísima de su proyección o de su agotamiento.**

El fin de los años 80 y el comienzo de los 90 fueron el momento más oportuno para las displicentes celebraciones del liberalismo; tanto y tan desaprensivamente que los más audaces -o los más irresponsables, o los más ignorantes- proclamaron sin vacilación alguna, abundantemente estimulados y untados por las infaltables financiaciones corporativas, que, pese al inevitable ritual de sustituir los

almanaques cada 31 de diciembre, se decretaba arribado el mismísimo final de la historia.<sup>16</sup> En ese próximo entonces, la hegemonía ideológica del liberalismo fue tal que hubo que incorporar, resignadamente, a la agenda de los estertores rebeldes, la remisión poco menos que alarmantemente “definitiva” de los proyectos socializantes en gran escala y de las expectativas rupturistas en general. El “vasto cuadro de época”, seguramente, continuaba abonando algunas tendencias “favorables”, aunque ahora en forma subterránea, silenciosa y quizás, en algunos casos, a pesar de ciertas vergüenzas y deserciones que se tomaron muy en serio la vieja letanía de que no había ningún más allá, ni en la tierra ni en el cielo. Sin embargo, la circunstancia política visible a escala global nos informaba que las posibilidades inmediatas no iban, efectivamente, demasiado más lejos de alguna declaración testimonial, de aisladas manifestaciones de rabia y de esperanzadas solidaridades con los últimos reductos combatientes en las que se dejarían de manifiesto las decisiones raigales de que para mucha gente no existía ni existiría negociación deseable con las estrategias del poder ni había ninguna buena razón para que así fuera. En conjunto, el “vasto cuadro de época”, al menos en sus manifestaciones momentáneas, parecía volverse profundamente reaccionario y no dar lugar para muchas más cosas que la preservación de cierto patrimonio principista, la denuncia de los abusos y desafueros del crecimiento capitalista y la intuición o la convicción íntima de que ese escenario y sus configuraciones no podían dejar de estallar en algún momento. Por una cosa o por otra, pero fundamentalmente por el vaciamiento de la escena pública, por la remisión más o menos extendida de las luchas sociales, todo parecía indicar que nos encontrábamos frente a un circunstancial pero “universal” reflujo.

En el plano teórico, el movimiento podía computar a su favor algunos saldos particularmente interesantes, procesados durante los años 60, 70 y 80 y que tal vez no se presentaran sedimentadamente con tanta fuerza desde mucho tiempo antes. En el centro mismo de las grandes acumulaciones de poder mundial, Noam Chomsky<sup>17</sup> seguía adelante con sus innovadores estudios sobre el lenguaje, presentado ahora como una creación de las sociedades no sujeta a las instancias de dominación y como un ejemplo de la libertad en acción; unidos a su incesante, abnegada y arriesgada labor de denuncia. En su inmediata vecindad, Murray Bookchin<sup>18</sup> se constituía en uno de los referentes inevitables de los movimientos ecologistas del mundo entero, articulando sus reflexiones específicamente vinculadas a ese campo con un inconfundible sustrato libertario de base. En Francia, Pierre Clastres,<sup>19</sup> desde sus investigaciones antropológicas, había ya contradicho la hegemonía académica economicista y situado al Estado y a la política en general en un lugar de destaque al tiempo que Renée Lourau<sup>20</sup> abría un campo de cuestionamientos e interpelaciones sobre el poder que se proyectarían a diversos países a través de las redes del análisis institucional. Inesperadamente, en un campo que parecía sernos prohibitivo, un filósofo de la ciencia, Paul Feyerabend,<sup>21</sup> sostiene con éxito y suceso que las formas correctas del razonamiento científico están vinculadas a lo que él llama anarquismo epistemológico. Además, sin apelar directamente al anarquismo, se extendía también la influencia de un conjunto de pensadores que abonaban algunas de las tesis libertarias más lustrosas y definitorias o confluían en forma poco traumática con las mismas; aunque ello se diera normalmente en aspectos puntuales y no se extrajera de los mismos las consecuencias políticas que pudieran resultarnos más familiares y más íntimas. En ese grupo de pensadores habrá que mencionar, por ejemplo y sin intenciones de agotar la lista, a Michel Foucault, Gilles Deleuze, Jean François Lyotard, Cornelius Castoriadis, Jacques Derrida o Michel Serres;<sup>22</sup> cada uno de ellos con sus propias familiaridades puntuales y las variables cercanías que correspondan. A través de ellos y otros tantos, nuestro vasto cuadro de época había ido gestando también nuevas modalidades de pensamiento

idea ciertamente vaga e insuficiente de la variedad de movimientos sociales en presencia. En principio, daría la impresión que **un movimiento social puede constituirse sobre bases identitarias comunes o a partir de la proximidad territorial de sus miembros o según ciertas preferencias “temáticas”**.<sup>56</sup> Si convenimos en que esta clasificación delimita aproximadamente una pendiente de perdurabilidades, habrá que convenir también que el tipo de movimiento que se constituye en torno a bases identitarias comunes seguramente cargará sobre sus espaldas duraciones y experiencias más dilatadas y una mayor virtualidad configuradora. Las identidades de clase heredadas del siglo XIX, sin embargo, hoy están obligadas a sincronizarse de algún modo en un marco polifónico que no siempre consigue ensamblar sus voces con condiciones emergentes que en aquel entonces se mantenían en un discreto segundo plano: la condición de mujer, de joven, de estudiante, de indígena, de minoría racial discriminada e incluso de emigrante, entre tantas otras posibles.<sup>57</sup> La dinámica de apropiación, “expropiación” y reapropiación de los espacios de convivencialidad -muy especialmente, los urbanos- da lugar a movimientos de base territorial que, desde composiciones variables, asumen para sí un conjunto de enfrentamientos que no son estrictamente reducibles a los anteriores. Por último, se opera también un proceso de emergencia y/o recuperación de “temas” y problemas que constituyen un nuevo cuerpo de excusas e incitaciones para la formación de los movimientos sociales correspondientes: la oposición al armamentismo, la resistencia al servicio militar, el deterioro del medio ambiente, la extensión de los derechos humanos, la defensa de los consumidores, la protección y promoción de espacios y expresiones “sub-culturales” y así hasta el infinito -sin que nuestra enumeración haya tenido que recurrir siquiera a algunas expresiones vueltas tradicionales entre anarquistas, como los ateneos, las radios libres y las viviendas ocupadas. Para colmo, la “globalización” misma se ha transformado en el resumen temático por excelencia y nada nos impide considerar al movimiento anti-globalizador como un genuino movimiento de movimientos que expresa, en el máximo nivel de agregación concebible hasta el momento, las orientaciones y los perfiles de las luchas contra el poder: su negación contestataria en estado de asamblea permanente.

Pero, además, esta proliferación exuberante tiene una justificación subyacente de particular importancia, más gravitante todavía que su referencia con la cultura de las grandes urbes y su innegable estímulo a la segmentación y la diversidad: una cultura que es absolutamente predominante en nuestro tiempo, en el que el desarrollo de las comunicaciones permite imponerla incluso en espacios sociales insulares y apartados. Esa justificación no es otra cosa que una vasta crisis de legitimidad y representación de las estructuras estatales, de las instituciones formales que articulan el disciplinamiento “ciudadano” y de los partidos políticos que realizan -generalmente en forma voluntaria pero muchas veces también a pesar de sus intenciones declaradas- permanentes giros orbitales en su propia esfera celeste. La política misma, entendida en sus términos más convencionales, es hoy “suave” pero descaradamente opresiva y prescindente al tiempo que insustancial y lejana, trivial y tecnocrática; y sólo puede aparecerse ya no como una instancia pretenciosa en la que se agregan y sintetizan demandas societales sino en tanto espectáculo mediático y retablo en vías de extinción. La fragmentación movimientista, entonces, expresa la decisión manifiesta o tácita de ser y hacer a partir de esas identidades nucleares en estado de construcción y cambio, desde esas convivencialidades imperiosamente buscadas y también sobre la base de temas y preocupaciones comunes; sin permitir, además, que todo ello se disuelva sin pena ni gloria en las máquinas trituradoras del Estado, las instituciones formales y los partidos políticos. Una fragmentación que quizás no esté dada

Quizás las cosas se vuelvan inmediatamente comprensibles con un sencillo apotegma, y entonces habrá que decir que, **toda vez que el movimiento anarquista pretenda renovar su radicalismo político, habrá de encontrar las posibilidades y los rasgos de tal posicionamiento no en el pasado sino en el marco histórico propio a su presente y al futuro inmediato que éste delimita; no restaurando sus perfiles de 1872, de 1917, de 1936 o tan siquiera de 1968 sino inventando la silueta y el semblante todavía desconocidos y borrosos del 2002.** Por mucho que se pretenda lo contrario, el radicalismo político que se propone contar con bases sociales reales no es nunca una adquisición definitiva más que a través de un persistente esfuerzo de renovación y revalidación en escenarios históricos cambiantes y multiformes. Si el movimiento anarquista convoca todavía en torno suyo esa aureola y detrás de sí esa estela de peligrosidad y de inminencias subversivas, si aún es posible que la reacción agite aviesamente y con efectismos dignos de mejor causa la amenaza del “caos” y la “destrucción indiscriminada”, ello es así no porque exista temor alguno a los fantasmas de Emile Henry, Buenaventura Durruti o Severino Di Giovanni, sino porque, a pesar de los pesares, los grupos y las prácticas de base libertaria se han recreado durante las últimas décadas y encontrado un campo fértil para plantearse el bosquejo incompleto de su reactualización y de sus avances eventuales.<sup>54</sup> Porque, en definitiva, la dispersión, la fragmentación, la segmentación del movimiento pueden representar un problema cierto si se las observa como una forma de relación cristalizada, traumática y sin modificación posible; pero no lo son si vemos en ello el fruto de un aprendizaje político incompleto y de una aproximación tentativa y necesaria a un cuadro histórico nuevo y, también, el reflejo de autonomías grupales que han llegado para quedarse por un buen tiempo más y en tanto expresión de subjetividades, singularidades e identidades en movimiento distintivas de nuestra época.

Hemos llegado al momento, pues, en que no es posible prorrogar el planteo de un nuevo modelo organizativo, y deberemos hacerlo de tal modo que éste nos permita, simultáneamente, trabajar y avanzar en torno a tres ejes insoslayables: **la reconstrucción del movimiento anarquista formalmente como tal; la confirmación de su incrustación plena en nuestra época y en la disputa de sus historicidades; y, por último, la recreación de un paradigma revolucionario renovado.** Siendo así, cabe que nos planteemos ahora un primer borrador de ese nuevo modelo organizativo, procurando resistir la tentadora ilusión de que ello represente un mensaje programático, salvífico y finalista. Más allá de tales ingenuidades, creemos sí que ese modelo debería contar al menos con tres características apropiadas a nuestra circunstancia histórica: **en primer lugar, una indisoluble imbricación con la vasta, extendida y diversa trama de movimientos sociales y sus luchas; en segundo término, una vocación y una proyección internacionales que trascienda los marcos territoriales acotados y, finalmente, una configuración de redes provisorias, superpuestas y de prioridades intercambiables.** Veamos ahora brevemente y en forma un poco más detenida cada uno de esos aspectos.

Nuestro tiempo, al par que globalizado, nos ofrece hoy una imagen caleidoscópica: la de los movimientos sociales, cuyas figuras básicas procuraremos trazar. Sin embargo, corresponde decir aquí que ello no será más que una aproximación muy atrevida, puesto que, así como lo que tiene historia resiste tenazmente los intentos de su definición rigurosa, de arbitraria y “científica” limitación de sus contornos, toda clasificación es una variante ilusoria del control y del encierro.<sup>55</sup> El nuestro será, por lo menos, un “encierro” inofensivo, cuya exclusiva vanidad consistirá en acercarse sigilosamente a una

que pese a no contar con ninguna sistematización teórica propiamente anarquista se constituían en un magma de recursos y herramientas que bien podían ser usados y abusados en esa dirección.<sup>23</sup>

El anarquismo había demostrado ser una fuerza eruptiva y fermental, pero sus provocaciones también fueron quedando una vez más confinadas a sectores limitados del quehacer social y perdieron visibilidad política global. Los nuevos movimientos sociales tal vez constituyeran o parecieran refugios más o menos seguros y los proyectos de resistencia parcial quizás dieran lugar a discursos más sostenibles que los abarcativos y globalizadores en un contexto mundial neo-conservador y regresivo. Entonces, parecía razonable que las prácticas más vinculadas a lo cotidiano o a las labores de difusión ideológica y cultural fueran la trinchera en la que predominantemente el movimiento templara los ánimos y cobrara impulso. No era poco, por cierto, sobre todo si se tiene en cuenta que esa faceta militante no tradicional<sup>24</sup> era la que más fluidamente empalmaba con alguno de los rasgos dominantes del cuadro de época. Pero tampoco era suficiente y ni tan siquiera enteramente satisfactorio: entre otras cosas porque el nuevo esquema de dominación ya había sabido encontrar las operaciones de maquillaje que le permitieron reapropiarse tanto de los llamados temas “globales” como de aquellos más directamente ligados a lo cotidiano. Las consabidas vulgarizaciones, interposiciones y absorciones dieron lugar a una variada fauna reformista, “posibilista” e integrada; organizada alrededor del mundo a través de una tupida trama de ONG’s, altamente dependientes de sus fuentes de financiación corporativa y que se las ingenió rápidamente para secuestrar en su provecho casi todas y cada una de las potencialidades transformadoras de aquellos movimientos sociales alternativos que se dejaron envolver en sus sortilegios inmediatistas. En ese marco, el movimiento anarquista se mostraba, de todos modos, activo y creativo, pero sus respuestas sólo podían contar con radios de acción limitados, fragmentarios y generalmente desconectados entre sí. Las redes estaban tendidas pero los delgados hilos de las conjuras rumorosas no formaban todavía la textura social e histórica que les permitiera ostentar y lucir la capacidad de resistencia y captura de las telarañas subversivas.

## Los perros del amanecer

Llegamos finalmente a nuestro tiempo y es hora ya de repasar en su significación profunda y en sus manifestaciones el teatro de operaciones de este nuevo y sedicioso despertar de la anarquía. Habrá que comenzar diciendo, entonces, que aquellas tendencias que en los años 60 insinuaban los trazos de un dibujo todavía borroso quizás no hayan hecho otra cosa que acentuarse y adquirir una nitidez deslumbradora. Ya desde principios de los años 70 empezó a cobrar cuerpo la intuición, imprecisa y definida sólo por oposición, de que asistíamos a un período histórico de definitiva clausura de la modernidad, a la que los más apresurados y noveleros dieron prontamente en llamar, lisa y llanamente, post-modernidad. Tal como ya lo dijimos, el trabajo continuó perdiendo centralidad cultural, aunque ahora la apocalíptica transformación de los mercados laborales impuesta por las políticas monetaristas, la incesante introducción de innovaciones tecnológicas y las vastas reestructuras productivas lo han vuelto también un oscuro objeto de incertidumbres y de deseos. El cuadro de clases sociales dio nuevas muestras de agitación y ya se hace posible hablar de capas formadas al servicio de los nuevos diseños

económicos -y en cuanto productos de su sistemática aplicación- tanto como de contingentes variables pero ocasionalmente multitudinarios a los que no se les asigna papel alguno en el funcionamiento regular y admitido de la sociedad: el Estado y el capital ya no forman ciudadanos ni proletarios ni “ejércitos de reserva” sino tecnólogos de la política, “expertos” en los saberes más absurdos y prescindibles o parias condenados a sobrevivir parapetados en los precipicios de la limosna o la ilegalidad. Las mutaciones de la organización estatal, por su parte, ya no pueden pasar inadvertidas para nadie y su reubicación en los juegos de dominación es, sin ningún lugar a dudas, uno de los desafíos teóricos más acuciantes de nuestro tiempo, incluso para esos intelectuales soporíferos que todavía siguen pensando el tema en términos de división de poderes, soberanía y representación democrática. **Las peripecias y formas del poder, por su parte, acompañan, puntúan y condicionan los procesos precedentes, se diversifican al ritmo de los mismos y asumen las proteiformes siluetas de los nuevos saberes, al tiempo que confirman y reafirman su centralidad estratégica y su potencialidad generatriz.** La historia es cada vez menos un relato de grandezas y destinos manifiestos, carece de finales felices y se fragmenta en las pequeñas narraciones de lo cotidiano y lo trivial a través de los tiempos. La revolución, por lo tanto, ya no puede ser vista como el broche de oro de una previsible reacción en cadena ni como el desenlace inexorable de una prolija sucesión de eslabones predeterminados sino como una contingencia plural e inacabable; como una opción colectiva que, en el mejor de los casos, habrá que fecundar. Son otras las formas de pensar, de sentir y de actuar y los rigurosos edificios intelectuales que alguna vez se ofrecieron como severos e infalibles patrones de sensibilidades y conductas ven esfumarse su antigua condición de dogma y de misal: el pensamiento se vuelve borroso y el pensar un acto de orfandad.<sup>25</sup>

Nuestro escenario histórico, nuestro segmentado y caótico campo de historicidades en litigio, admite, sin embargo y más allá de su irreductible y radical complejidad, algunas aproximaciones razonables que permitirán una mínima orientación en él. Simplificando mucho las cosas, quizás podamos **delimitar conceptualmente las refriegas de poder y contra-poder en algunos macro-espacios de cambio y de disputa.** Primer espacio de controversias: ¿quién decide qué cosas? Un relámpago, luminoso y encguecedor a la vez, surca los cielos: en el preciso instante en que se proclama el triunfo definitivo de la democracia representativa, se instala también una formidable crisis de representación, el sufragio universal sólo sufraga investiduras sin cuerpo ni sustancia y, por lo menos en la mayor y más inerte parte del mundo, los ejecutivos estrechan su margen de ejecución, los legislativos el suyo de legislar y los órganos judiciales el de “impartir justicia”. Alguien decidirá sensatamente mañana mismo que *El espíritu de las leyes* de Montesquieu debe emigrar sin pena ni gloria desde los cursos de ciencia política o educación cívica hacia las bibliografías de literatura francesa del Siglo XVIII. Segundo espacio de controversias: ¿producir qué cosas, para quiénes y durante cuánto tiempo? Un movimiento sísmico viaja de un lado a otro y ya no nos deja dormir en paz: se nos dice que nunca como ahora las sociedades han dispuesto de bienes y servicios en tanta cantidad y de calidad tan alta y, mientras tanto, cientos de millones de personas viven en la miseria más completa, debiendo soportar -si es que llegan a enterarse del asunto- que a través de delgados hilos de fibra óptica se desliza sigilosamente una masa dineraria y de instrumentos financieros derivados con la cual es posible adquirir, al día de hoy, más de doce veces la producción total mundial. Campean el hambre, las enfermedades y el analfabetismo en el mismo momento en que alguna transnacional, imaginaria pero no demasiado alejada de la realidad, debe estar investigando los intersticios legales que le permitan patentar el pan, el té de tilo y la escritura cuneiforme

aunque unos y otros se caracterizaran por dominar el arte de la escritura. Del mismo modo, pero ahora con mayor fuerza de aproximación a nuestro asunto, Bocaccio y el Arcipreste de Hita podían parecer audaces y hasta transgresores en el siglo XIV, pero difícilmente provocarían conmoción alguna si sus obras hubieran sido publicadas el mes pasado. Y, si trasladamos estas consideraciones a un terreno más próximo y más sensible, habría que concluir también que la significación política de las formaciones guerrilleras latinoamericanas no es la misma en este momento que en la década del 60 así como la obra pedagógica de Francisco Ferrer seguramente, al día de hoy, no generaría idénticas inquietudes a las que generó un siglo atrás ni habría acicateado tan fuertemente a los trogloditas que condujeron a su autor frente a los pelotones de fusilamiento de Montjuich. Por añadidura, cualquier historicidad ofrece sus propias técnicas, sus propios materiales de construcción y sus propios instrumentos: con toda probabilidad, la honda de David ya no podría volver a derrotar a Goliath aunque la astucia y la picardía de Ulises seguramente habrían de hacerlo de nuevo con Polifemo. Y, si es así, podemos dejar tranquilamente los arcabuces de mecha, los mosquetes y los trabucos naranjeros en el museo pero precavernos siempre de que no hayamos dejado olvidada la inteligencia en ningún oscuro rincón.<sup>52</sup>

Este modelo de razonamiento y estas convicciones deberían conducirnos sin trámites excesivos a conclusiones inmediatamente evidentes. Así, por ejemplo, las propuestas organizacionales de Bakunin deberían ser leídas y aprehendidas en el contexto histórico -y hasta personal- que les corresponde, y no pensar que se trata de fenómenos astrales capaces de independizarse olímpicamente de sus raíces sociales y de las circunstancias políticas concretas en que cobraron vida. Bakunin era poseedor de una personalidad conspirativa tempranamente modelada y llegó a urdir incluso intrigas familiares contra la autoridad paterna en su mocedad; un rasgo que acentuó luego, durante su estancia en Italia, habiendo ejercido sobre él una fascinación innegable la mística propia de las sociedades secretas, muy particularmente la masonería -de la que fue integrante- y la Società dei Carbonari.<sup>53</sup> Ahora bien ¿quiere esto decir que nosotros deberíamos repetir esa historia punto por punto -lo cual no sería más que una pretensión flagrantemente absurda y nos llevaría a afiliarnos al Gran Oriente en este preciso instante- o al menos reducir la significación de sus resultados a la modesta complejidad de una fórmula química que, según ciertas rutinas científicas, es, será y deberá seguir siendo siempre igual a sí misma? Antes que eso, la comprobación que parece imponerse es que nuestra historia no debería generar **tradiciones** con las cuales mantener un permanente estado de veneración sacramental sino **lecciones** de las cuales extraer el inequívoco mensaje de que en los esfuerzos militantes del anarquismo primigenio hubo siempre un intento intransigente por acoplarse con la historicidad de la que formaba parte. El conspirativismo bakuninista de los años 60 y 70 del siglo XIX no es más que un **dato histórico** irrefutable pero su traslado mecánico y automático a nuestro propio escenario no es más que una muestra ingenua y bastante torpe de obcecación totalmente privada de **historicidad**. Carecemos de manuales, de fórmulas y de algoritmos para enfrentarnos a nuestro tiempo y el único “catecismo” con el que podemos contar no es otro que el uso obstinado del pensamiento crítico y su capacidad de volverse corajudamente incluso contra sí mismo, si alguna vez fuera necesario apelar a ese recurso extremo

Ahora bien ¿cuál es el sentido inmediato, cuáles las consecuencias en términos de organización y acción, de todas estas disquisiciones sobre el problema de la historicidad? No se trata, por supuesto y tal como algún desprevenido pudiera sugerirlo, de acomodarse con ademanes de equilibrista a las modas de ocasión sino de trabajar en una época dada y con la caja de herramientas que ésta nos ofrece.



**configuración abierta y cambiante;** tanto como podía serlo la historicidad de la que formó parte y que constituyó su inevitable caldo de cultivo. Hoy, una vez más se nos reclama, entonces, re-constituírnos como un movimiento revolucionario con identidad y perfiles propios y como **una forma discernible, nueva y distinta de beligerar por los supuestos materiales, los símbolos y los derroteros de nuestra actual historicidad.**

Pero, en definitiva ¿qué cosa es esa historicidad a la que se ha apelado ya tantas veces sin haberla presentado formalmente en ningún momento? Obviamente, no es lo mismo que la historia a secas, aunque sin lugar a dudas no haya más alternativa que presuponerla. La toma de la Bastilla, el 14 de julio de 1789, es un acontecimiento histórico, pero su historicidad viene dada a partir de un determinado proceso -problemático, complejo, múltiple, intermitente, divisible, etc.- cuyas líneas de evolución y cuyos orígenes sociales confluyen en ese momento y precisamente en ese lugar. Más aún, no sólo la toma de la Bastilla como acontecimiento sino la propia revolución francesa como proceso sólo pudieron adquirir su viabilidad histórica en esas coordenadas de espacio y tiempo.<sup>49</sup> **La historicidad, entonces, es una propiedad de los acontecimientos, de los sujetos que los protagonizan, de los cuadros de situación con que se articulan y de los procesos de que forman parte.** Es, además, una propiedad multifacética, que ofrece al menos tres caras a nuestra mirada: **en primer lugar,** los elementos del análisis histórico son específicos y están impedidos de trasladarse fácilmente de un lugar a otro como si las mismas categorías pudieran aplicarse indistintamente en cualquier sociedad y en cualquier circunstancia; **en segundo término,** los elementos del análisis histórico tienen significación y son propios de un universo simbólico que se construye a partir de los entendimientos y las nociones básicas de una época dada;<sup>50</sup> **por último,** los elementos del análisis histórico no son unívocos sino que albergan diferentes grados de conflictividad interpretativa y sus correspondientes estrategias de enfrentamiento: **la historicidad, entonces, ubicada en su marco social intransferible, es una zona de disyuntivas y de contingencias y también una zona de disputas, de beligerancias y de luchas.** Pero no cualquier zona de disputas, de beligerancias y de luchas: no hay historicidad alguna en un hipotético levantamiento de los tracios contra el imperio romano -puesto que ya no hay ni tracios ni imperio romano- y el aliento cervantino sólo puede recuperar la suya en el siglo XXI si se enfrenta a las computadoras pera ya no a los molinos de viento; quizás incluso a horcajadas de un mullido sillón y ya no a lomos del enjuto Rocinante.<sup>51</sup>

La historicidad, entonces, sólo puede ser reputada de implacable y no es posible zafar caprichosa y tozudamente de sus variables exigencias; las que ubican, desubican y reubican los diferentes elementos en presencia por dentro o por fuera de los juegos históricos concretos. Los propios objetos materiales cambian continuamente su espesor de significaciones: así, un teléfono podía ser considerado un símbolo de status hace unas cuantas décadas pero hoy no expresa más que una categoría de consumo doméstico que en ciertas zonas de algunos países es algo casi tan extendido como la luz y el agua; aunque siga siendo un artículo de lujo en aquellos países -los africanos, muy particularmente- en los que buena parte de su población no ha recibido jamás una llamada telefónica. Cuando los antiguos griegos hablaban de la psiquis se referían al alma o al espíritu mientras que un psicólogo de nuestros días lo hará en relación con el pensamiento, la mente, las imágenes, los significantes o las representaciones. La pedofilia era, en ese entonces y en ese lugar, un atributo de los héroes y de los poetas que cantaban sus hazañas, pero la misma se había vuelto ya una perversión incalificable en tiempos del marqués de Sade. Los escribas del antiguo Egipto no son estrictamente asimilables a los escribanos del período merovingio,

y ciertas calificadoras de riesgo resuelven sin mayores escrúpulos ni hesitaciones quiénes y cuántos habrán de pasar al campo de los menesterosos quién sabe dónde en los próximos dos meses. Como es ampliamente sabido, la combinación y extensión de estos procesos políticos y económicos ha sido bendecida ya desde hace algunos años como “globalización”.<sup>26</sup>

No son éstos, claro está, los únicos espacios de controversia. Por lo pronto, parece imprescindible percatarse que todas las instituciones del Estado y las de sus adyacencias lo acompañan en sus profundas mutaciones y, al tiempo que asistimos a una iracunda reafirmación de la autoridad y la disciplina, un descrédito sin precedentes le ofrece su merecido contrapunto a los ejércitos, los circuitos de penalización, los establecimientos de enseñanza, la seguridad social, las iglesias, las políticas asistenciales y *tutti quanti*. Tensiones y rupturas también en el dilatado territorio de las costumbres y las pautas de sociabilidad: ahora el hedonismo, el inmediateísmo, la inseguridad, la “indiferencia” en forma de fuga, el pasatismo, el sensualismo, etc., buscan caminos nuevos frente a la pérdida de referentes creíbles, frente al repliegue de la fe y frente a las renovadas convocatorias a la obediencia por parte de instancias de poder que han reducido toda subjetividad al almidonado rol de “contribuyente”, “cliente” o “consumidor”. Espacios polémicos en torno al pensamiento mismo, cuyos grandes sistemas ya no parecen estar en condiciones de dar cuenta de objetos imprecisos que se desvanecen y esfuman ante su atónita contemplación: ahora, frente a la franciscana ostentación de un pensamiento técnico que todo lo reduce a escalas instrumentales a su medida, se reconstruye un pensamiento crítico multiforme y salvaje que vuelve a enrostrarle sus interpelaciones, sus desafíos y sus peleas. Por último, en un espacio de controversias en el que quizás todo se resume, **los fines, los caminos y los procedimientos de cambio social se reubican en el orden o el desorden del día.** Superado ya el efímero “fin de la historia” -ese punto descabellado en el que urgidos agoreros se apresuraron a pronosticar sin cortapisas la inapelable defunción de los proyectos revolucionarios-, se hace necesario volver a repensar la crisis de sus variantes clásicas, pero ahora en un contexto que no puede ser restaurador ni tradicionalista y donde la implosión del bloque soviético y los motivos que la desencadenaron hacen impensable el retorno a esas inflexiones totalizadoras y centralizadoras en las que se agotan, se absorben y se diluyen las potencialidades rebeldes, socializantes y libertarias. El nuestro insinúa ser, otra vez, un tiempo de cambios, pero ya no según modelos de ingeniería social basados en criterios obsoletos de representación y mediación políticas que no parecen tener demasiada cabida en un momento histórico en que la gente ni se identifica con vicarios y testaferros ni se expresa a través de ellos.

La descontrolada y caótica redistribución planetaria del poder de decisión parece ser una de las claves mayores y privilegiadas. El viejo “equilibrio” que puntuara las décadas de la Guerra Fría se ha hecho pedazos y todo vuelve a redimensionarse una vez más. Algunas concentraciones de poder se confirman como tales, naturalmente, pero su significación ya no parece ser exactamente la misma: ¿puede ser idéntico a su pasado el papel de las Fuerzas Armadas estadounidenses, pensadas hasta hace pocos años para enfrentar al Pacto de Varsovia y “obligadas” hoy mismo a actuar de oficio como policía en los suburbios del mundo? ¿cuánto tiempo más podrán mantenerse esa “legitimidad” y ese albedrío autárquico si algunos instrumentos “globales” como la Corte Penal Internacional -a la que los Estados Unidos se han opuesto tenazmente- extiende su jurisdicción propia? ¿Puede considerarse como definitivo, incuestionable y prolijamente ordenado un centro de poder que un buen día alista detrás suyo una insólita cantidad de “amigos” en su guerra contra el “terrorismo” y pocos meses después descubre que su estrategia bélica puede ser desbaratada momentáneamente y sin demasiado esfuerzo

por su principal aliado en Medio Oriente, que se guía según objetivos, cálculos y ritmos que no está demasiado dispuesto a negociar? Otros centros de poder se desintegran sin pena ni gloria. El otrora avasallante Ejército Rojo no es más que una constelación de fragmentos vergonzantes: oficiales que nutren con armas y otros bagajes las operaciones de la mafia rusa, submarinos de imposible rescate y soldados que negocian sus viejos uniformes en las plazas de las principales capitales europeas. Más allá de las metáforas y las ironías, la caída del bloque soviético representó también, por una irrefrenable reacción en cadena, el ocaso de todos los modelos que le fueron subordinados o le estuvieron emparentados de un modo o de otro: hoy, ni siquiera la mítica Cuba “socialista” puede ufanarse de constituir ejemplo o buque insignia de ningún proceso histórico que convoque medianos entusiasmos. Por extensión, la secular hegemonía que los partidos socialistas y comunistas ejercieron sobre los movimientos populares del mundo entero parece quebrarse por completo: en el caso de los socialistas, luego de un proceso de asimilación e indiferenciación que acabó ubicándolos como leales compañeros de ruta del liberalismo y, en el de los comunistas, después de haber hipotecado la historicidad de sus proyectos y de constatar la imposibilidad de encontrar la cosmética adecuada para su necesaria renovación identitaria. En el mismo momento en que se modifican y se redefinen los ejes de poder y contra-poder las alternativas al nuevo “orden mundial” reconocen y declaran su estado de orfandad.

Nuestro “vasto cuadro de época” vuelve a escenificar, entonces, un nuevo giro revitalizador, un nuevo despertar de la anarquía, en la segunda mitad de los años noventa; primero en forma lenta y susurrante y luego en una algarada explosiva y confiada de sí misma, que quizás adquiriera esa última característica a partir de la masiva demostración contestataria habida en Seattle a fines de 1999 contra la reunión de la Organización Mundial de Comercio. En rasgos generales, puede decirse que el actual resurgimiento tiene seis líneas fundamentales de expresión: **en primer lugar, las notorias presencias directamente anarquistas o simplemente libertarizantes en las grandes concentraciones del movimiento internacional anti-globalizador; en segundo término, la importante multiplicación de grupos anarquistas de composición básicamente juvenil y de última generación; en un tercer tiempo, la relativa recuperación de influencias en espacios tradicionales y no tanto de actuación social; en un cuarto momento, la impetuosa floración de actividades editoriales en los términos clásicos y también en el novísimo formato de las páginas web; en un quinto turno, la proliferación de encuentros específicos -nacionales, regionales e incluso intercontinentales- a través de los cuales intercambiar posiciones y experiencias y avanzar hacia una articulación más firme de nuestras todavía muy frágiles realidades organizativas; y, por último, el renovado escozor que nuestras ideas y nuestras prácticas provocan en los organismos represivos.** Como telón de fondo de esta eclosión, es preciso destacar que el movimiento anarquista vuelve a toparse con condiciones favorables para su desarrollo a partir de la nueva correntada de luchas sociales que sucedió a la *pax romana* de la que insensatamente se ufanaron los apologistas del *statu quo* durante los primeros años 90 y también, sobre todo, de algunas pautas más o menos notorias en términos de concepción ideológica, organización y formas de actuación de algunos de los movimientos que las han protagonizado y que, inequívocamente, están larga y familiarmente asociadas con nociones libertarias básicas. En este espacio de acción social y en su correspondiente marco simbólico **vuelven a adquirir una significación especial la crítica del poder y del Estado, la negación de la política partidaria y de las apetencias regimentadoras y vanguardistas, la**

vez la aceleración de nuestros latidos y la vitalidad de nuestros reflejos, pero que no es claro todavía hayan redundado en un desarrollo notorio de nuestra masa encefálica y de nuestra musculatura. No por ello se trata -¡por cierto que no!- de sumirnos en un pesimismo enfermizo, ni tampoco de perseverar en el absurdo augurio de alguna inminente derrota que de ningún modo tiene por qué ser inevitable, sino simplemente de sentirnos en estado de alerta y matizar o combinar cierto triunfalismo inconciente que nos acompaña con la módica anotación de nuestras debilidades y con el trabajo que éstas demandan. Es claro que nos va la vida en el asunto: el mañana es un espectro abierto de posibilidades pero también puede depararnos los nubarrones de una nueva frustración y de un nuevo letargo sin destino.

### Una infusión para soñar despiertos

Café, té, manzanilla o mate; lo mismo da: toda infusión reclama que haya, previamente, ebullición y vapor; es decir, gente en movimiento y una cierta neblina que nos impide ver claramente más allá de ella. **Si hay dos convicciones que se han impuesto firmemente a lo largo de estas páginas ellas son, en primer lugar, que no hay ningún sedicioso despertar de la anarquía por encima, por delante o por fuera de las luchas sociales de un tiempo dado y, en segundo término, que ello acontece siempre en el marco de una historicidad litigiosa que, en cada caso, habrá que interpretar y disputar.** Verbos éstos cuyos sujetos, adverbios, tiempos, declinaciones y cualesquiera otros ornamentos gramaticales se presenten, jamás están resueltos de antemano por ninguna retórica política ni ninguna forma aritmética de cálculo conocidas o por conocer. Movimientos sociales y sus conflictos propios: he ahí la combinación alquímica en que es posible buscar y encontrar el punto en que la anarquía cambia su estado de existencia física y se transforma en un gas en expansión que ya no puede ser impunemente retenido, mediatizado y continentado por las ilegítimas “legalidades” del poder. Pero la infusión, desgraciadamente, no es el gas, no es el vapor, sino la combinación del agua todavía líquida, alborotada e insurgente que nos queda y los alcaloides con los que resolvamos mezclarla: he ahí la historicidad como límite a nuestros deseos pero también, afortunadamente, como su condición de posibilidad. Esa infusión que nos permitirá soñar despiertos, efectivamente, sólo puede sustanciarse en tiempo presente y no puede dejar de hacerlo a través del uso intensivo de los materiales de construcción que nuestra propia época nos ofrece; no puede dejar de hacerlo en cada sociedad concreta y en los remolinos dilemáticos de sus particulares procesos de cambio. El desafío del movimiento anarquista para volver a construirse a sí mismo y construir, en su oportunidad, un paradigma revolucionario renovado consiste una vez más, como tantas otras veces en el pasado, en descifrar las infinitas claves de su tiempo, pero básicamente aquellas que se constituyen en torno a **las configuraciones sociales, políticas y económicas dominantes, a las formas de creación de presupuestos culturales y entendimientos y -fundamentalmente, como condición de implantación, crecimiento y despliegue- a las líneas de protesta y fuga que encarnan en grupos sociales reconocibles.** El anarquismo clásico fue una configuración concreta de pensamiento y acción que se conformó como un producto histórico singular y, en ese sentido, sólo puede ser entendido como una

divergentes.

Ignorar la importancia y el papel de un paradigma revolucionario acorde con las presentes exigencias sociales e históricas es suponer que el movimiento puede constituirse comunitariamente y desarrollarse en forma sostenida incluso arrastrando una permanente situación de deriva y casualidad; dar por ya resueltos los problemas de construcción paradigmática es creer que el futuro volverá a presentar los conocidos dibujos del pasado o bien que el presente no tiene ya misterios por descifrar o preguntas interesantes que valga la pena responder; barruntar que dichas dificultades son procesables y acabables en la privacidad de la propia corriente, del propio nucleamiento o de la propia práctica es una mutilación a priori de diversidades y riquezas que no parece oportuno ni inteligente despilfarrar. **Esta escala de ingenuidades decrecientes parece ilustrar adecuadamente las tónicas predominantes al día de la fecha mientras los muy bienvenidos ímpetus de nuestro actual resurgimiento se encargan de oscurecer u ocultar las zonas visualmente más esquivas en la existencia y el quehacer del movimiento.** Quizás, incluso, hayamos sido ganados por un cierto y desmedido fervor que nos lleva a pensar que alcanzará con algún descuidado empujón para reeditar sin más trámite nuestra ya lejana "edad de oro". Sin embargo, no es claro siquiera que hayamos evaluado correctamente nuestras fuerzas, nuestra presencia y nuestra capacidad de incidencia socialmente calificada, como tampoco resulta demasiado arraigada la convicción de que estamos inmersos en un cuadro de época que abre un anchísimo campo de expectativas a nuestros valores y a nuestras propuestas pero también un sinfín de escollos y dificultades que seguramente no acabamos de aquilatar en su intransferible historicidad. **Si la situación pudiera resumirse y transmitirse en forma comprensible con una sola frase, seguramente habría que decir que el movimiento anarquista vuelve a encontrarse envuelto en uno de sus sediciosos despertares, pero que todavía está muy lejos de ser no sólo lo que puede ser sino incluso lo que alguna vez fue.** Tal constatación, además, tendría que estar llamada a ser una de las piedras fundamentales de nuestra auto-conciencia inmediata.

Observarnos profunda y críticamente y hacerlo en perspectiva histórica parece ser al menos una decisión razonable y sensata. **Experimentar la embriaguez de un movimiento que vuelve a explotar desde sus entrañas más queridas es sin lugar a dudas un momento expresivo necesario y vital; pero, evitar la resaca que sucede a las expansiones nocturnales y estar en condiciones de volver a los trabajos callados y anónimos que todavía nos aguardan es el gesto de voluntad colectiva imperecedera con el cual labrar el interminable futuro que tenemos por delante.** Tal como creemos haberlo ilustrado suficientemente, nuestro tiempo nos ha regalado ya ebriedades y regocijos abundantes, aquí, allá y acullá, pero también resacas y decepciones de las que no siempre es fácil reponerse y que no pueden ser explicadas con dedos acusadores ni superarse con una apelación desnuda a las inspiraciones "costumbristas". El movimiento requiere todavía de un intenso trabajo sobre sí mismo y lo más probable, incluso, es que aún necesite constituirse "formalmente" como tal. Las ausencias y las demoras en ese acto comunitario elemental no pueden mediatizarse en el consuelo decididamente menor de avances sectoriales que seguramente serán efímeros toda vez que no se encuentren apoyados en un desarrollo armónico y que abarque todos nuestros campos de preocupaciones y desvelos. Esas ausencias y esas demoras son demasiado pronunciadas como para no apreciarlas íntegramente y planean sobre nuestras cabezas desde hace décadas; décadas en las cuales hemos vuelto una y otra vez a levantarnos y a marchar, décadas que han presenciado una y otra

**iracundia anti-capitalista, la descentralización organizativa, las comunicaciones en red y la acción directa.** Así, el movimiento anarquista recupera su legitimación pública como tal, pero se proyecta también bastante más allá de sí mismo a través de un cierto proto-anarquismo ambiental perfectamente reconocible y que lo trasciende holgadamente.<sup>27</sup>

Los perros del amanecer ya dejaban oír sus ensayísticos ladridos desde algún tiempo antes y los mismos se tornaron en Chiapas en un amenazante aullido. Huelgas prolongadas hubo en Corea del Sur y en Francia, mientras los hormigueos del alzamiento se dejaban ver en Indonesia y Ecuador. Los pronósticos astrológicos y las recomendaciones culinarias del Fondo Monetario Internacional desnudaban una vez más su carácter y sus intenciones en sucesivos y estrepitosos fracasos que no hacían más que aumentar la miseria a la velocidad del sonido. Algo nuevo estaba incubándose y sólo quedaba esperar que ello se manifestara en el corazón mismo de los centros de poder mundial. La sorpresiva e inmejorable oportunidad se presentó en la ciudad de Seattle el 30 de noviembre de 1999; lugar y fecha para los cuales la Organización Mundial de Comercio había tenido la poco feliz idea de convocar los misticismos ajenos como réplica de los propios a través de una reunión que con inconcebible e inconciente fatuidad triunfalista quiso llamarse Ronda del Milenio. Un sentimiento se había extendido ya como reguero de pólvora: las sociedades y la gente no podían sentirse representadas y expresadas en una reunión en la que sólo habrían de participar la enorme mayoría de los gobiernos del orbe, largamente perdedores de las confianzas "ciudadanas" y acostumbrados a marchar indolentemente de espaldas a sus propios pueblos y de cara a un reglamento de tránsito que establecía la preferencia circulatoria universal del capital financiero.

El viejo y anárquico llamado de Henry David Thoreau comenzó a latir nuevamente en las calles de Seattle: la "desobediencia civil" volvía a ser la consigna de la hora.<sup>28</sup> En los días previos, prolijos representantes de ONG's -como el International Forum Globalization, el Observatoire de la Mondialisation, Third World Network, Research Foundation for Science, Global Trade Watch-Public Citizen, Center for Food Policy, etc.- acumulaban argumentos opositores al nuevo orden mundial en los claustros del Symphony Hall. Pero, afortunadamente, eso no era todo y en simultáneo también ocurrían cosas más importantes que la anterior: algunos de los miles de anónimos participantes se entrenaban cerca del centro de Seattle, siguiendo los cursos diseñados e impartidos por Direct Action Network en materia de desobediencia civil y técnicas adyacentes: primeros auxilios, solidaridad carcelaria, marcos legales, etc. Todo estaba pronto para que el 30 de noviembre las calles de Seattle se transformaran en el teatro de una fiesta subversiva. Más aún; miradas en perspectiva, resultan extraordinariamente convencionales, insípidas y aburridas aquellas visiones que sostienen que en el Symphony Hall quedaron planteados la teoría y los fundamentos y en las calles se desplegaron las prácticas correspondientes:<sup>29</sup> en realidad, las calles de Seattle mostraron -al igual que las de París, 31 años y medio antes- ese acontecimiento extraño, sobresaltado y que inquieta a los intelectos más ordenados y conservadores que consiste en desarrollar y escribir los borroneados trazos de una teoría en el propio curso de la acción y del movimiento.

El clima era a la vez festivo y combativo; el centro de Seattle se pobló de músicas y de colores donde la diversidad fue la tónica admitida y celebrada, pero también dejó aflorar la voluntad por apropiarse de los espacios urbanos en un momento clave y en el que parecían ponerse en juego aspectos especialmente definitorios del nuevo orden mundial: se trataba de recuperar la ciudad para la

gente y también de hacerlo al mismo tiempo que se disputaban las orientaciones y los rumbos de la historicidad correspondiente. Y no hay duda alguna que se trató de una movilización de inconfundibles ribetes anárquicos. La organización básica de las concentraciones se dio a partir de grupos de afinidad que coordinaban horizontalmente entre sí, a través de delegados pero en reuniones abiertas, en un clima de fraternidad, respeto y reconocimiento recíproco. No hubo allí partidos que manipularan a la multitud en provecho de sus lineamientos políticos particulares ni nadie pudo entender que se estaba constituyendo ningún destacamento de vanguardia y capaz de hacer danzar al resto a su propio compás. Los formatos telenovelados buscarán siempre alguna cabeza visible y la ubicarán al frente de la conjura facciosa, sustituyendo así los protagonismos colectivos, por ejemplo, con las ubicuas y omnipresentes inspiraciones de John Zerzan sobre los anarquistas de Eugene (Oregon, USA). Pero nada de ello quita la vivencia de las autonomías individuales y colectivas que en ese lugar y en ese momento contribuyeron a frustrar la reunión de la OMC. Formal e informalmente, acababa de nacer lo que, desde entonces, ha dado en llamarse -impropiamente o no- movimiento anti-globalizador, y en él los diferentes grupos libertarios allí presentes marcaban las cosas con su propio sello y su propio fuego.

Las escenas se repitieron en Davos, el 30 de enero de 2000, haciendo coincidir ahora las demostraciones con la reunión anual del Foro homónimo, al cual concurren algunas de las personas económicamente más poderosas del planeta; se reeditaron en Washington, el 16 y 17 de abril inmediatos y siguientes, en ocasión de la reunión del Comité Internacional Monetario y Financiero del FMI; se vivieron nuevamente del 11 al 13 de setiembre en Melbourne, ahora con el pretexto de la realización del Foro Económico Mundial; volvieron a demostrar su continuidad y su fuerza del 26 al 29 de setiembre en Praga, para darle su correspondiente marco de rechazos y protestas a la 55ª Cumbre conjunta del Banco Mundial y el FMI. Y luego, ya en el 2001, pasó lo mismo en Quebec (Cumbre de las Américas; 20 al 22 de abril), en Gotemburgo (Cumbre de la Unión Europea; 15 de junio), en Barcelona (Conferencia suspendida del Banco Mundial; 22 al 27 de junio), hasta llegar al apogeo vivido en Génova del 20 al 22 de julio, donde 300.000 personas, procedentes de distintos puntos de Italia, de Europa y aun del mundo, le dieron el merecido marco de repudio a la reunión del llamado Grupo de los 8. Luego de Génova, el escenario mundial que comenzó a dibujarse a partir de los atentados a las Torres Gemelas y al Pentágono, el 11 de setiembre de 2001, contextualizó un período de repliegue relativo y vacilaciones que, en apariencia, se habría cerrado ya formalmente -así lo esperamos- con las multitudinarias concentraciones de Barcelona los días 15 y 16 de marzo de 2002.<sup>30</sup> Con más o menos fuerza según los casos, cada uno de los eslabones de la cadena de movilizaciones que va de Seattle 1999 a Barcelona 2002 tuvo en el movimiento anarquista a un actor seguramente minoritario pero, aún así, notorio, con perfiles propios y de primerísimo orden agitativo.

En este racconto seguramente merece una mención especial la manifestación propiamente anarquista celebrada en Bruselas el 15 de diciembre de 2001, en el marco de la Cumbre de Jefes de Estado de la Unión Europea. Allí, 10.000 anarquistas básicamente procedentes de distintas partes de Europa -pero, también, según se afirma, contando en sus filas con militantes libertarios latinoamericanos- recorrieron las calles de la ciudad y difundieron su propia visión del proceso "globalizador". Las experiencias, las fuerzas y las decisiones acumuladas en los dos años previos permitían, por primera vez en mucho tiempo, que una coordinación animada exclusivamente por nucleamientos anarquistas ganara las calles de una ciudad en la que estaban concentrados algunos de los hombres más poderosos del Viejo Continente. Las calles volvieron a hablar el lenguaje de la autogestión y a confrontar la

historicidad; desde una actitud con vocación de futuro y para la cual el pasado es un conjunto de raíces y de lecciones a extraer pero nunca un ceremonial inviolable ni un sermón disciplinador y fuera de época. La triste constatación es que el movimiento anarquista no constituye todavía ese tejido y tanto su configuración básica como las relaciones que se libran en su interior parecen ser más una dificultad que un auspicio. En el contexto babélico e intraducible en que transcurre la vida del movimiento sólo parece de esperar que cada nucleamiento genere identidades fuertes respecto a sus vecinos y amplifique hasta la desmesura sus minuciosas diferencias sin intentar siquiera recurrir a las bases comunes. Cuando efectivamente llegan a sobredimensionarse y perpetuarse algunos hallazgos con fuerza identitaria -que, en realidad, no hacen otra cosa que enmascarar las debilidades de fondo y los problemas compartidos sin resolver- el movimiento pierde virtualmente su unidad de sentido, y atribuírsela resulta ser más una ingenua manifestación de deseos que un síntoma de sensatez analítica. En los casos en que el movimiento adquiere ese tormentoso dibujo, las unificaciones circunstanciales -cuando efectivamente llegan- son apenas el resultado espasmódico y repentino de una fuerza exógena, pasajera y de protagonismo extraterritorial: una multitudinaria demostración callejera en la que reunir voces y banderas durante el lapso de algunas horas, una campaña de solidaridad con compañeros presos y muy poca cosa más.

Ninguno de los segmentos en que se divide y se sub-divide el movimiento anarquista, tanto a nivel internacional como nacional y con las especificidades de cada caso, está en condiciones de abarcar, rodear y expresar el tiempo histórico que nos ha tocado vivir. No hay ninguna corriente, ninguna organización, ninguna práctica que pueda proclamar indolentemente su autosuficiencia, sea cual sea el nivel de agregación territorial, ocupacional o temática en que le haya tocado o haya elegido actuar y desarrollarse. Este reconocimiento elemental hace que las situaciones de rivalidad y competencia fraccional aparezcan como decididamente suicidas y como un regodeo inconciente y sectario que sólo puede cifrar sus expectativas en la desaparición del "adversario" y en las mieles de un módico "reclutamiento" proselitista entre las filas de huérfanos y desamparados que resulten de ello. El camino del movimiento no parece ser, entonces, el de la "colonización" de los unos por los otros, en el muy hipotético caso de que en algún lugar hubiera condiciones para que se produzca un fenómeno tan extravagante. Por lo tanto, en la medida que se asuman las necesidades de construcción, implantación y desarrollo de un nuevo paradigma revolucionario, no es de recibo suponer que ello acontecerá a partir de un iluminado centro de gravedad y luego de la reducción a polvo y vestigios de aquellos cuerpos a los que se concibe como periféricos. Nada permite concluir, en estos momentos, que las formas tradicionales que históricamente asumió el movimiento -paradigmáticas y cuasi paradigmáticas; anarco-sindicalismo y "especificismo" respectivamente- puedan hoy incorporar y absorber a la variopinta constelación de expresiones nuevas y heterodoxas que se han desarrollado en las últimas tres décadas.<sup>48</sup> Nada permite suponer, tampoco, que estructuras orgánicas largamente asentadas realicen un automático, vertiginoso y entusiasta acto de conversión y reciclaje que las asimile sin más a las expectativas de los agrupamientos generacionales más recientes. Todo lleva a presumir, entonces, que la posibilidad de fecundar y potenciar al movimiento, en tanto tal, se desarrolla en un escenario en el que las tormentosas relaciones actuales sean transmutadas en una decisión de coexistencia, de intercambio y de diálogo entre formas de organización y acción a las que sólo razones subalternas pueden presentar y concebir como recíprocamente



acción anexo a la prevalencia de las organizaciones específicas no llega a sustituir realmente al paradigma anarco-sindicalista en su condición de tal.<sup>45</sup> Ello obedece a diferentes razones. En primer lugar, el modelo que hace descansar sus prioridades en las organizaciones específicas no construye un basamento teórico-ideológico propio y distintivo; no constituye, por lo tanto, un ordenamiento diferente del mundo adecuado a la historicidad que le es contemporánea y no aspira a suplir el paradigma anarco-sindicalista con nuevos entendimientos y sentidos. En segundo lugar, el modelo resulta ser genéricamente “defensivo” e históricamente aparece como respuesta a situaciones de derrota o de repliegue: en términos políticos, las federaciones específicamente anarquistas que se crean durante el período cumplen el muy meritorio rol de administrar la supervivencia, la perdurabilidad y la presencia marginal del movimiento.<sup>46</sup> Por último, el modelo es casi una construcción por defecto, lo suficientemente vago e impreciso como para mantenerse con más “enigmas” que certezas y lo suficientemente polémico como para no generar consensos tan extendidos cual lo fueran los de su antecedente inmediato y admitir su resignada coexistencia con grietas y fisuras en torno a sus características y a su funcionalidad.<sup>47</sup> En líneas generales, a la luz de estas consideraciones, así como el anarco-sindicalismo se corresponde con lo que hemos denominado anarquismo clásico, quizás quepa asimilar la prevalencia de las organizaciones específicas con un período histórico bien preciso y que delimita una suerte de anarquismo de transición.

Tal como se ha dado a entender largamente, esa transición debería haber encontrado su ceremonia de clausura en el “mayo francés” que, tanto por sí mismo como sobre todo por sus derivaciones e implicancias, invita a pensar en un anarquismo post-clásico capaz de ofrecer respuestas a la historicidad característica de nuestro vasto cuadro de época. Sin embargo, nada de ello ha ocurrido y el movimiento libertario, vivo y actuante hoy mismo, continúa arrastrando sus ausencias paradigmáticas sin haberse percatado cabalmente del asunto. Pero, las circunstancias históricas no perdonan y los descuidos y omisiones devienen en escisiones y fracturas, en incomprensiones y cortocircuitos que tabican el campo libertario y ponen en tela de juicio los intentos más razonables y solidarios de comunicación. Así, la imprescindible tarea de re-elaboración teórica queda desarticulada, ya sea de los contextos intelectuales que deberían nutirla o bien de los compromisos adquiridos y de las prácticas sociales más notorias. De tal modo, el campo de la reflexión anarquista ve estrechar la luz de sus arterias, se oblitera, se quiebra y se impide a sí mismo afrontar globalmente la propia vastedad de sus proyectos. En esos casos, los problemas desembocan y se “resuelven” en el lecho de la tradición, como si las seguridades de lo sabido pudieran ser todavía el infalible algoritmo desde el cual brindar respuestas universales y tranquilizadoras. A su vez, en tanto la tradición se transforma fácil e inmediatamente en ortodoxia y en dogma, sólo queda esperar que la descalificación, la sospecha y el agravio ocupen prestamente el espacio reservado a los intercambios “ideológicos”. Si, por el contrario, una cierta y prudente continencia discursiva dejara tales cosas de lado, la ignorancia recíproca y la indiferencia serán entonces los rasgos característicos de relaciones todavía carentes de vibración y de intimidad. Cada capilla se abocará a la celebración doméstica de sus aniversarios y de sus pequeños éxitos; haciéndolo, de preferencia, sin que los demás puedan sentirse ni compenetrados ni partícipes del clima festivo privativo de la secta tal o cual.

La posibilidad de construcción de un paradigma revolucionario renovado sólo se tonifica en una trama compleja, en un tejido multidimensional, irregular y variado en el que sea posible reunir fluida y armónicamente nuevos desarrollos teórico-ideológicos, espacios sociales contestatarios y prácticas libertarias sustentables en el contexto de nuestra presente

vacuidad de las representaciones parlamentarias y estatistas con el encendido reclamo de una democracia directa y de un federalismo que permitieran recuperar la capacidad de decisión de la gente sobre su propia historia. El lema fue por sí mismo largamente explicativo y no dejó demasiado margen para las dudas y las lecturas vacilantes: «Una gran manifestación por el poder de gestionar nuestra vida, por la gestión y la propiedad colectiva de todas las riquezas del mundo, por una sociedad sin dominación ni explotación, por la globalización de la solidaridad, por una enseñanza que apueste por la autonomía y la libertad del individuo, por la mundialización del desarme». Nunca, como hasta ese momento, las concentraciones del movimiento anti-globalizador habían albergado una expresión tan definida y tan contundente de la presencia en él de contingentes anarquistas dispuestos a bregar por su específica y revolucionaria visión del asunto.

Al tiempo que el movimiento anti-globalizador brindaba su propia versión del recalentamiento planetario, el movimiento anarquista, animado por ese contexto, se enriquecía con el surgimiento de nuevas agrupaciones de composición básicamente joven y con el redoblado accionar de aquellas surgidas en lo previo y a la luz de otras luchas. **Una vez más, el flujo movilizador actuaba como catalizador de apetitos en suspenso y rabias contenidas.** Las nuevas agrupaciones pasaban a constituirse tanto en torno a formas locales y temáticamente acotadas de actuación como alrededor de su inclusión episódica en las diferentes redes agitativas que comenzaban a abrazar el mundo con la extraordinaria densidad de sus tejidos descentralizados, diseminados y dispersos aquí y allá. Las tareas puntuales coexistían fluidamente, por regla general, con proyecciones considerablemente más ambiciosas o intentos orientados en tal sentido. Además, el fenómeno no se limitó a un país determinado y a sus inmediatas zonas de influencia sino que pareció y parece expresarse todavía de formas aproximadamente similares en lugares tan disímiles como pueden serlo París y Cochabamba, Nueva York y João Pessoa. El movimiento anarquista volvía a generar nuevos canales de comunicación y de ingreso, conmoviendo así estructuras que el tiempo había ido volviendo excesivamente pesadas y que no mostraban ni facetas suficientes ni ritmos apropiados que pudieran resultar enteramente atractivos para esta nueva escalada sediciosa.<sup>31</sup> **Los dibujos básicos del movimiento dejan atrás los trazos apacibles, previsibles y cansados del período inmediatamente previo: nuestro “vasto cuadro de época” vuelve a poner en el orden del día la tarea inmensa de una renovación que se ajuste en forma plena con una constelación de exigencias e incitaciones que ya no son iguales que las de ayer ni pueden dejar de concebirse en su singularidad radical.**

De momento, se imponían no obstante algunas certezas que seguramente cualquier tiempo habrá de rubricar, y el movimiento anarquista se lanza una vez más a la recuperación de viejos y nuevos espacios de influencia social. Los procesos de concentración del capital y las consiguientes reestructuras productivas volvían a dejar de manifiesto un alto costo que, como de costumbre, se les cobraba a los trabajadores, básicamente en forma de altas tasas de desocupación y en retribuciones eventualmente descendentes en términos reales. Frente a ello, las centrales sindicales altamente institucionalizadas -las de vieja impronta comunista o las perseverantemente social-demócratas o las social-cristianas- sólo ofrecían y ofrecen el trillado camino de negociaciones y pactos sin horizonte. Es así que las distintas formaciones anarco-sindicalistas o las prácticas libertarias promovidas en nucleamientos clasistas no programáticos comenzaron a ser visualizadas nuevamente como una atendible opción de resistencia; y no sólo en lugares tan frecuentados por tales cosas como España sino también en sitios tan hipotéticamente

hostiles e impenetrables como los cubiertos por la Confederación Siberiana del Trabajo (SKT). Algo similar -con las variaciones y particularidades que correspondan según el país de que se trate- comienza a ocurrir en los medios estudiantiles en particular o juveniles en general, cuyas organizaciones de todo tipo cumplen un rol agitativo fundamental en las convocatorias del movimiento anti-globalizador. En distintos lugares se registra la formación de ateneos y el movimiento de ocupación de viviendas adquiere una proyección mayor, constituyéndose ambas variantes como puntos de irradiación de acciones sociales solidarias y convocatorias de lucha de amplificados vozarrones. Algo parecido ocurre en el seno de grupos ecologistas, feministas, antimilitaristas, etc., que reciben ahora un nuevo impulso y que abren con mayor amplitud todavía un abanico de receptividades y expectativas hacia los discursos y las propuestas de cuño libertario. Tal vez, el movimiento anarquista no constituya claros contingentes mayoritarios en ninguno de esos campos, pero no hay duda alguna en cuanto a que todos ellos se reciclan como cajas de resonancia de un nuevo diálogo en el que nuestras estridencias vuelven a encontrar un espacio coral.

Nuestro viejo vicio por sembrar mensajes en negro sobre blanco vuelve a recrudecer: otra vez, ríos de tinta se toman en un curso de navegación acogedor para el vocerío anárquico. Publicaciones de periodicidades varias o ninguna, revistas más pensadas o fugaces fanzines se distribuyen en la vecindad inmediata al tiempo que también recorren el orbe por la vía de archivos necesitados de ampliar sus estanterías, de intercambios múltiples y de curiosidades afinitarias. En los relevamientos más o menos regulares realizados por la venezolana Comisión de Relaciones Anarquistas es posible, por ejemplo, tomarle el pulso a las altas, bajas y permanencias a las publicaciones más estables en castellano: en abril de 2000, la lista incluía 34 publicaciones, que en abril de 2002 habían ascendido ya a 49, abarcando Argentina, Chile, Uruguay, Bolivia, Venezuela, México y, por supuesto, España.<sup>32</sup> Pero, ahora, los medios también pueden ser distintos y los nucleamientos o los simples militantes individuales anarquistas han podido servirse de los recursos de alta tecnología actualmente disponibles: en tal sentido, la misma Comisión venezolana nos informa en su último reporte al respecto que es posible acceder a través de Internet a la friolera de 177 páginas web solamente en lo que se refiere al espacio latinoamericano.<sup>33</sup> En una y otra variante, el crecimiento parece ser exuberante y seguramente expresa a su modo el actual reverdecimiento libertario y la ampliación de sus nucleamientos, su militancia y sus circuitos de actividad. La circulación de libros, mientras tanto, es más lenta y más costosa, pero también en este plano habrá que anotar la reactivación de nuevas y viejas editoriales anarquistas que, en los últimos años, asisten también a posibilidades de difusión que se encontraban relativamente adormecidas, así como dejar constancia de casas editoriales de naturaleza comercial que ya han comenzado a percatarse del renovado interés de las producciones libertarias.

Otro destello del nuevo aliento anárquico y del cariz que están tomando las cosas en filas del movimiento es la sucesión de encuentros de alcance nacional, regional y aun intercontinental. En este plano, es necesario distinguir instancias de al menos tres tipos: **los encuentros formales y regulares de organizaciones nacionales o internacionales de prolongada actuación, las tentativas de aproximación e intercambio entre agrupaciones normalmente incipientes y las reflexiones abiertas en espacios no específicos y generalmente situados en instituciones de educación pública.** Los primeros son ya conocidos y no constituyen por sí mismos los elementos de novedad, aunque seguramente también a este nivel habrá que señalar los efectos de la actual oleada y, por consiguiente, la intención manifiesta de ensanchar sus fronteras.<sup>34</sup> Pero lo más resonante -y más

Veamos este asunto en los términos que lo expresan en nuestro propio movimiento. El paradigma anarco-sindicalista resulta de un más o menos lento ritmo de maduración cuyas raíces más lejanas deben situarse en el proceso de organización de los trabajadores que encuentra en la 1ª. Internacional un momento de confluencia especialmente relevante. Dicho paradigma no se impone en la "comunidad" anarquista de una vez y para siempre, sino que es confrontado con cuestionamientos, alternativas y variantes que surgen dentro del propio movimiento.<sup>43</sup> No obstante ello, el paradigma se instituye en tanto tal por cuanto demuestra ser capaz de explicar una mayor cantidad de situaciones y procesos de cambio y de hacerlo con mayores galanura y profundidad: más allá de las evidentes incertidumbres e impugnaciones, entre la última década del siglo XIX y la primera del XX, el movimiento anarquista internacional ya se encuentra prácticamente identificado con el anarco-sindicalismo y redondea la instancia "normalizadora" de su proceso evolutivo. Por añadidura, este paradigma resulta ser un modelo seguro y eficaz en tanto efectivamente provoca el desarrollo del movimiento y garantiza su indisoluble conexión con las luchas sociales de su tiempo. Sin perjuicio de ello, los "enigmas" resultan ser demasiado gravitantes para la integridad paradigmática y las "anomalías" no demoran demasiado en hacer su aparición. De tal modo, no debería sorprender que la presencia anarquista en las revoluciones mexicana y rusa no se correspondiera exactamente con el modelo anarco-sindicalista. En el caso de esta última, además, la dirigencia bolchevique acaba por ofrecer una imprevista representación universal del proletariado y de la lucha de clases que hará estragos por doquier en las filas libertarias, ubicando al paradigma prevalente en la antesala de su "crisis"; la que sólo se consumará en tanto tal con la derrota de las expectativas anarquistas que entre 1936-1939 se manifestarán en España en todo su esplendor.

Para ese entonces, el paradigma clásico anarco-sindicalista había experimentado ya un enriquecimiento inocultable: en 1927, en Valencia, como respaldo y como apoyo de la CNT pero también como resguardo de su integridad ideológica, se había constituido la Federación Anarquista Ibérica.<sup>44</sup> Antes aún de esta instancia fundacional, un grupo de anarquistas rusos exiliados en París proponía en 1926 -en un texto conocido como *Plataforma Organizacional*- la creación de una Unión General de Anarquistas que resolviera los problemas de dispersión que, a su modo de ver, estaban en la raíz del fracaso libertario en el contexto de la revolución de octubre de 1917. Si a ello se une el reconocimiento de que la participación anarquista en la revolución mexicana se sustentó fundamentalmente a través del Partido Liberal, identificado con la figura y la trayectoria de Ricardo Flores Magón, se puede concluir fácilmente que tanto las inminencias como las desazones insurreccionales convocaban modelos de organización y acción que la prevalencia anarco-sindicalista había ubicado lisa y llanamente en un segundo plano. En cierto modo, puede decirse que el paradigma clásico no estaba en condiciones de resistir la derrota de las ilusiones libertarias escenificadas en la revolución española de 1936-1939 y que ello ambienta su sustitución -gradual, morosa, exasperantemente lenta y de acuerdo con las características y posibilidades de cada país- por un modelo centrado ahora en las organizaciones específicas. Un modelo que contaba en sus alforjas con los satinados antecedentes doctrinarios de Bakunin y Malatesta, pero que hasta ese entonces había sido opacado por la apabullante prevalencia del anarco-sindicalismo. Esa prevalencia, entonces, tendrá un giro identificable con posterioridad a la revolución española: ahora los contextos sociales e históricos no brindaban márgenes demasiado auspiciosos para las prácticas propias del sindicalismo revolucionario y el movimiento anarquista apela, a escala internacional, al soterrado recurso de las organizaciones específicas.

Más allá de esta constatación ineludible, parece evidente que el modelo de organización y

cooperativistas, comunitarias, antimilitaristas, educacionales y los nuevos etcéteras a que haya lugar. Corrientes o expresiones que, en sus orígenes y según el lugar que sea, responden a tradiciones largamente asentadas, a elaboraciones prolijas y detenidas o a oportunidades y preferencias circunstanciales o meramente episódicas. Corrientes que, a su vez, están habitualmente muy lejos de presentar un frente unificado sino que han abierto en su propio espacio de actuación controversias que no pocas veces llegan a niveles de rivalidad y de encono difíciles de explicar.<sup>41</sup> Diversidad, entonces, y diversidad por doquier: el movimiento anarquista tiene cien cabezas, cien rostros y cien manos y, por lo tanto, otras tantas formas de pensar la realidad, de presentarse orgánicamente frente a ella y de actuar para transformarla. Ahora bien, en las actuales circunstancias, ¿esta diversidad debe ser sufrida como si se tratara de una de las siete plagas de Egipto o explorada en tanto momento político inevitable -con raíces y motivaciones bien fundadas- y en cuanto posibilidad de futuro? ¿No será, tal vez, que esa fragmentación se explica a partir de las propias características de nuestro vasto cuadro de época y que ésa sea la mejor forma de expresarlo? ¿Será posible, acaso, que, lejos de intentar revertir esa dispersión, debamos quizás estimularla y limitarnos a tender puentes y caminos de entendimiento entre sus partes? ¿Será este último el porvenir inmediato de nuestro movimiento?

Seguramente es prematuro todavía -a esta altura de nuestra exposición- intentar una respuesta acabada a estos interrogantes; pero sí parece llegado el momento de situar el tema del paradigma revolucionario anarquista en el espeso nodo que le corresponde y como el origen posible, directo o indirecto, de nuestros restantes bostezos y somnolencias. Una comparación seguramente bastará para ubicar inicialmente el punto y es aquella que nos lleva a cotejar la actual situación del movimiento anarquista con la que el mismo atravesaba un siglo atrás. En aquel entonces, en tanto exuberante diferencia con nuestro actual panorama, no todo pero sí el grueso del movimiento contaba con un modelo reconocible en el cual abreviar sin mayores contratiempos ni desmesuradas conflictivas: el anarco-sindicalismo. En tanto paradigma, el anarco-sindicalismo histórico se apoyaba sobre una base teórico-ideológica que organizaba los elementos del mundo de determinada manera, confiriéndole un sentido relativamente preciso a los mismos y a sus comportamientos y, sobre todo, una razón de ser a las prácticas propias y a sus objetivos manifiestos. Estas operaciones conceptuales producen a su vez determinados efectos: en primer lugar, un efecto de “normalización” que separa lo regularmente admitido de lo “amistoso”, lo marginal y lo excluido, permitiendo así una socialización poco traumática de los nuevos adeptos y un recambio generacional escasamente problemático; en segundo término, un efecto de delimitación de las certezas y los “enigmas” por resolver, de las respuestas sin vacilación y de las preguntas que todavía permanecen en pie; por último, un efecto identitario por el cual quedan establecidas la respectiva “comunidad” militante, las filas del enemigo y los eventuales contingentes de indiferencia. La historia nos dice que un paradigma así constituido suele ser altamente resistente y tener asegurada una cierta longevidad; no obstante lo cual, la aparición súbita o gradual de algunas “anomalías” puede sumirlo en una situación de “crisis”, poner en entredicho su entereza y erosionar su capacidad, tanto la de mantener las lealtades de los antiguos adeptos como la de convencer con firmeza a los nuevos prosélitos. Esa situación sí suele ser traumática al interior de la “comunidad” de practicantes y casi nunca se resuelve en un vertiginoso acto de prestidigitación: para ello será necesaria la elaboración de un nuevo paradigma que garantice los mismos efectos producidos por aquel que se sustituye y que respecto al mismo demuestre sus ventajas en términos de actualidad, extensión y profundidad.<sup>42</sup>

expresivo del resurgimiento- son los encuentros “informales” que se celebran uno tras otro en diferentes lugares de Europa y de América. La velocidad de las comunicaciones y el seguimiento de una información al día darán cuenta, apenas durante el año 2001, que los anarquistas se encontraron en Dusseldorf (Alemania) del 20 al 22 de abril, en Lisboa (Portugal) del 22 al 29 de setiembre, en Teresina (Brasil) del 24 al 26 de diciembre, en Caracas (Venezuela) del 26 al 30 de noviembre, en Medellín (Colombia) el 24 y el 25 del mismo mes; y así sucesivamente y sin que estas menciones pretendan agotar una nómina que ya se ha hecho difícil de abarcar. En algún caso, además, llegarán a formarse redes solidarias de vasto alcance internacional como ocurriera con la reunión celebrada en Madrid los días 31 de marzo y 1º de abril de 2001.<sup>35</sup> Incluso las universidades, sea por razones de estudio o de hospitalidad han comenzado a albergar instancias de reflexión y algo más sobre el anarquismo y sus adyacencias; como ocurriera, por ejemplo, en Toulouse, a fines de octubre de 1999 o en Florianópolis a principios de setiembre del 2000. Sea como sea, y a pesar de los temblorosos y todavía vacilantes primeros pasos, en dichas reuniones comienzan a producirse ya declaraciones, manifiestos, reflexiones varias y propuestas organizativas de todo tenor. No hay duda que el alboroto libertarizante ha llegado a un punto de inflexión respecto a los años previos y persiste en mantener sus bríos; guste o no y pese a quien le pese, el movimiento anarquista está vivo y activo, aun cuando solamente haya empezado recién a calentar sus motores.

Tan vivo y tan activo se encuentra el movimiento anarquista que la última de las líneas demostrativas que habremos de manejar aquí es nada menos que el infaltable azuzamiento represivo. Ya frente al flujo movilizador del movimiento anti-globalizador se plantearon consistentes elementos de prueba en tal sentido, que luego no han hecho más que incrementarse al calor de la “guerra contra el terrorismo” convocada por los Estados Unidos. Quizás la manifestación más prematura de la urticaria que habitualmente producen los procesos de agitación anarquizante -al menos con el grado de generalidad que habremos de ver- la proporcionó la Internacional policial europea (Europol) en su reunión de Madrid, celebrada entre el 29 de enero y el 2 de febrero de 2001. Allí y en esa instancia, los dirigidos por el comisario alemán Jürgen Storbeck definieron inequívocas tareas, aprestos y advertencias, al tiempo que enfocaban sus paranoicas miras telescópicas sobre el movimiento libertario.<sup>36</sup> En relación o no con tales arengas e instigaciones, en buena parte del mundo, ser anarquista se volvió nuevamente sinónimo de peligrosidad y de esencialidad anti-social. Así, pudimos constatar otra vez que el encierro carcelario es una de las contingencias probables para los derroteros libertarios así como también lo son las golpizas, los periódicos clausurados, las balaceras y los desalojos. El 7 de diciembre de 2000, Michelle Pontolillo inicia una huelga de hambre en el cruel centro de detención de Villabona (Asturias, España); en el mismo mes de diciembre, un militante de la CNT es asesinado en la estación Atocha de Madrid; Nikos Maziotis es procesado en Grecia en enero de 2001; el 23 de febrero del mismo año, en la Viena fascistoide, es allanado un centro social, destruido su mobiliario y sus equipos y detenidos entre 40 y 50 militantes; en el mes de julio, es saboteado el auto en que viajaban tres miembros del Consejo Indígena Popular de Oaxaca-Ricardo Flores Magón, en México; en la noche del 17 al 18 de noviembre, también del 2001, tres militantes de la COB-AIT son baleados en un barrio periférico de San Pablo; el 1º de diciembre son detenidos 5 libertarios pertenecientes a Usak Anarsist Otonomu (Anarquistas Autónomos de Usak) en Turquía, por el “delito” de distribuir panfletos en el curso de una manifestación sindical; el 26 de diciembre, por último, muere en condiciones harto sospechosas el anarquista Horst Fantazzini en la cárcel de Bologna, en Italia.

Las evidencias -o, si se prefiere, las simples suposiciones- parecen ser, a esta altura, más que suficientes: las banderas negras y rojinegras retoman su orondo y orgulloso paseo por las calles de algunas de las principales y no tan principales ciudades del mundo; surgen nuevas agrupaciones y se amplían los radios de influencia del movimiento, al menos en términos de expectativas que no cesan de manifestarse como tales; se multiplican las publicaciones periódicas o aperiódicas, se editan libros viejos y recientes, se difunden páginas web; se suceden los encuentros, los debates, las conferencias; los órganos represivos vuelven a transformarnos en objetos de preocupación y persecución. **Considérense, entonces, aislada o conjuntamente estas múltiples sugerencias y ya no podrán quedar demasiadas dudas: se trata, nuevamente, ahora con extensión desconocida y fuerza quizás inusitada de unas cuantas décadas a esta parte, de los perros del amanecer.**

### Los bostezos y las somnolencias del movimiento

Una cosa es ver exultantemente y con esperanzada excitación cómo crecen los hongos después de la lluvia y otra muy distinta suponer que ello resuelve por sí sólo los grandes dilemas, las asignaturas pendientes y las inocultables limitaciones del movimiento anarquista. El “vasto cuadro de época” en el que hemos escenificado este nuevo despertar de la anarquía sigue ofreciendo -y quizás, en las circunstancias más próximas, duplicando- un conjunto de condiciones “favorables” sobre las cuales se apoya la efervescencia y el desarrollo del movimiento y que se presentan ahora ante nuestra sorprendida y ansiosa mirada. Pero ello no resuelve por sí mismo otro conjunto de problemas y de carencias, ahora “internos”, que sigue siendo amenazante y que bien puede revertir la actual situación de un momento a otro, tal y como ya ocurriera en más de una ocasión y según lo que creemos haber demostrado a lo largo de estas páginas. Localizar, identificar, desmenuzar esos problemas y esas carencias -en todo aquello que esté efectivamente a nuestro alcance- se vuelve, entonces, una preocupación de primera prioridad y, por ende, una tarea que no puede postergarse demasiado tiempo más; repensarlos a la luz de las experiencias más cercanas y de las frustraciones más recientes es, en el tiempo inmediatamente sucesivo, el auxilio más obvio de nuestra empresa. Ahora bien: ¿cuáles son los grandes problemas y las grandes carencias a resolver? Lo más probable es, con relativa prescindencia de quién emprenda el escrutinio y del método que se siga, que el resultado sea una retahíla de lamentos y/o de recriminaciones más o menos largo, fatigoso y quizás sobrecargado de detalles que seguramente ejemplifican bien pero conceptualizan mal los problemas y las carencias que es preciso identificar. Hagamos, pues, un esfuerzo de evitación, dejemos a un lado algunas de nuestras arraigadas tentaciones y costumbres y busquemos esa necesaria síntesis que querría ser clarificadora. Antes aún, para sortear también malentendidos que siempre están al acecho, se impondrá una aclaración que desea ser interpretada como contextualizadora de las críticas que seguirán: **en líneas generales y en los últimos años, el movimiento anarquista ha demostrado capacidad de respuesta, inventiva y arrojo; ha afirmado sus valores básicos, su coherencia y sus viscerales compromiso levantiscos; ha impulsado con convicción y con fuerza el flujo movilizador y lo ha dotado, dentro de sus posibilidades reducidas y minoritarias, de energía y de intransigencia. Nada de ello es poca cosa, avala y fundamenta los reconocimientos de unos y los temores de otros y se trata de un patrimonio que no puede despreciarse y que habrá que cuidar, cultivar, mantener y desarrollar**

de aquí en más.

Salvados ya nuestro eventuales cargos de conciencia y balanceadas con una elogiosa contraparte las críticas que vendrán, abordemos éstas de una vez por todas. En primer lugar, es preciso decir que **el movimiento anarquista carece de un paradigma revolucionario reconocible que llene el vacío dejado por el anarco-sindicalismo y que no ha sido cubierto satisfactoriamente en ningún momento y en ningún país desde 1939 a la fecha;**<sup>37</sup> dicho esto sin perjuicio del aliento, las intenciones y las prácticas que por doquier han signado la existencia real de un movimiento al que difícilmente se lo pueda acusar de prescindencia o de ausencia de compromisos con los dramas sociales e históricos que le ha tocado vivir. En segundo término, no es posible desconocer -en íntima relación con lo anterior- que el movimiento anarquista no ha resuelto todavía las debilidades de su desarrollo teórico; entre otras cosas, porque no existe una extendida conciencia de que una época distinta exige reapropiarse de una historicidad diferente y que ello no es posible sin romper con alguno de los moldes de materiales doctrinarios elaborados 120 y más años atrás. En un tercer momento, parece imperioso reconocer que ello tiene una traducción directa en el plano de la práctica política, de los métodos de acción y de las formas organizativas que el movimiento se va dando en forma más o menos espontánea y en lo cual se ponen de manifiesto insuficiencias sobre las que no nos podemos auto-engañar a través de aplausos circulares y del falso convencimiento de que nuestros compromisos ya han dado todo de sí. En el cuarto turno, se nos exige una labor de sinceramiento por la cual se admita que formamos parte de un movimiento “escindido” y problemático hasta un grado difícilmente justificable en términos sociales e históricos; que ello da y seguirá dando lugar a la existencia de relaciones equívocas e innecesariamente tormentosas y que tales cosas han coartado la posibilidad de generar espacios reales -familiares e internos- de diálogo y de entendimiento. Por último, se hace absolutamente imprescindible percatarnos que, más allá de este rejuvenecimiento que nos hace rebosar de gozo, de alegría y de esperanza, nuestra situación actual no es ni siquiera medianamente comparable a la de aquella “edad de oro” del anarquismo en la que efectivamente podía decirse que el movimiento orientaba sin ningún lugar a dudas las luchas sociales en una cantidad importante de países. **En líneas generales, puede decirse que hoy el movimiento crece y ha recuperado su pujanza, pero todavía es enorme el camino que nos queda por recorrer para constituirnos en una alternativa revolucionaria incuestionable como tal y en la cual sectores sociales cada vez más vastos puedan encontrar su principal referencia de crítica, de enfrentamiento y de transformación.**

Que el movimiento anarquista carece de un paradigma revolucionario común parece demostrarse por sí mismo a la vista de la diversidad de corrientes -con sus correspondientes prácticas y formas de organización- que lo atraviesan de cabo a rabo y que se expresan de maneras aproximadamente parecidas en casi todas las latitudes. Aquí y allá encontraremos un movimiento “escindido” -quizás no formalmente, y no siempre ni en todas partes como consecuencia de rupturas orgánicas reales, pero sí en los hechos- en fracciones anarcosindicalistas, “especificistas” a la usanza clásica, “plataformistas”, anarco-punks, anarco-indianistas,<sup>38</sup> anarco-comunalistas,<sup>39</sup> anarco-municipalistas, anarco-primitivistas,<sup>40</sup> ateneístas, “afinitarios”, propagandistas, “cotidianistas”, individualistas, espontaneístas, etc., etc.; sea en estado “puro”, sea también en las combinaciones más diversas y sin olvidar a quienes reconociéndose como anarquistas no forman parte de grupo alguno de esa condición y se involucran bajo la exclusiva responsabilidad de sus conciencias en prácticas feministas, ecologistas,